



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS  
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

## LECTURA SESIÓN 8

# CTX 124 GÉNERO E IDENTIDAD

Salas Calvo, José Manuel. “La cuestión de hacerse hombre”. En *Hombres que rompen mandatos: la prevención de la violencia*, 41-108. San José: Lara Segura & Asociados, 2005.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## Capítulo I

### La cuestión de hacerse hombre

En este capítulo se intentará, quizá de manera breve, discutir y reubicar algunas de las principales categorías que orientan la reflexión y la propuesta de acción. De esta manera, conceptos como género, socialización, masculinidad, poder, control, violencia intrafamiliar y de género, y otros más, serán objeto de esa discusión, con la que se pretende ofrecer un marco amplio de reflexión y acercamiento crítico a la temática.

Como ya se indicó en la Introducción, este trabajo toma como base una serie de experiencias que se ha venido realizando. De hecho, el germen inicial del tema surge de la investigación llevada a cabo en la segunda mitad de la década anterior; posteriormente, se han publicado otros trabajos relacionados con el mismo tema. También el trabajo de base con hombres y con mujeres, en el abordaje de la violencia intrafamiliar y de género, son fuentes que lo han impulsado.

Conviene advertir, de manera puntual, que a lo largo de todo este texto se hace mención y se acude al concepto de la “masculinidad hegemónica”, como categoría básica para el estudio de la masculinidad y su relación con la violencia intrafamiliar. Esto es importante en tanto la masculinidad como entidad abstracta toma concreciones en los sujetos particulares, de tal manera que no todos los hombres están ahí incluidos o la portan, por lo menos en el mismo grado. De esta forma, características,

manifestaciones y vivencias concretas de la masculinidad, no tendrán la misma expresión en sujetos particulares, en razón de los relieves que adquieren sus biografías y situaciones específicas. No todo hombre deberá verse reflejado, en forma total, en esa masculinidad hegemónica. No obstante, lo cierto es que la referencia a esa masculinidad implica la existencia de demandas, encargos y mandatos, con independencia de la voluntad del individuo. La masculinidad viene a ser, entonces, una serie de encargos, demandas y mandatos que cada hombre recibe, vive y reproduce de manera particular.

### **La masculinidad como objeto de estudio**

Aun cuando la temática es el blanco de una amplia controversia, se parte de que la masculinidad, como objeto de interés por parte de las ciencias sociales, es relativamente reciente. Es hasta hace pocas décadas que en Europa, Estados Unidos y algunos países de América Latina, se han vuelto los ojos a esta dimensión del ser humano en tanto ya es un centro de atención, franco y directo. En la literatura universal (científica y literaria), no se puede decir que haya tratamiento de la masculinidad como entidad discreta de análisis. Lo anterior por lo menos de manera explícita, aunque mucho del material sirve de valiosa base para su análisis, dados los alcances de sus contenidos. Es obvio que en la mitología, por ejemplo, se entrevé la masculinidad, mas no de manera directa, en virtud de que esa no fue la intención inicial.<sup>5</sup>

En otro lugar (Salas, 1996), se sostiene que, a manera de ejemplo, los clásicos de la psicología se han referido al comportamiento del ser humano como especie, **incluyendo hombres y mujeres, pero no necesariamente al propio de los varones, con sus características, dimensiones y particularidades. Incluso, como**

---

<sup>5</sup> Aquí la cuestión es de orden ontológico y epistemológico: la masculinidad alcanza status de entidad, creada para su estudio hasta hace pocas décadas, tal y como lo venimos sosteniendo.

ejemplo, la misma obra de Freud se basa en el análisis sobre todo de casos de mujeres. La referencia a lo masculino aparece de rebote, como una consecuencia de la relación del niño sobre todo con su madre (y luego con el padre). La masculinidad o la virilidad no había tenido, hasta hace muy poco, lugar propio en las preocupaciones de científicos y profesionales. Tanto en Freud como en otros clásicos de la psicología, la masculinidad o aparece de refilón o es abordada de manera no profunda. Desde otra perspectiva, cuando este tema es abordado por otros "clásicos", estos no han ocupado los mismos lugares en la historia oficial de la ciencia, por lo que sus aportes recién empiezan a ser retomados; un ejemplo típico de ello es la obra del psicólogo suizo Carl Jung, cuyo análisis escapa a los propósitos del presente trabajo, aunque algunos de sus aportes son incorporados. Basta decir que la cuestión de la masculinidad llama la atención de este científico social quien así lo desarrolla en algunas de sus obras.

Si lo anterior es válido en general, lo es aún más en lo que corresponde a Costa Rica, en particular. Llega apenas a un poco más de una década el inicio de un incipiente movimiento de tomar la condición masculina como objeto de interés, tanto en lo investigativo como en la intervención profesional. Para inicios del nuevo siglo y milenio, vemos una mayor presencia del tema, junto con otros relacionados, en la agenda del trabajo de algunas disciplinas y de algunas instituciones.

En cierta forma, puede decirse que la masculinidad ha sido objeto de un proceso de invisibilización en el saber científico y en otros tipos de saberes, hasta hace pocos lustros. Si los hombres y las mujeres de ciencia no habían reparado en esta entidad, lo mismo ha pasado con los varones en su condición de tales, quienes no han considerado pertinente o necesario someter a análisis sus propias características o procesos vitales. Como se discutirá más adelante, posiblemente uno de los factores que más ha influido en todo esto es que para los hombres no hay (o, ¿no había?) nada que discutir y menos modificar. A ello se añade que,

por razones obvias, el cuestionamiento y acción desarrollados en torno a la situación de la mujer, que evidentemente lleva mucho más terreno avanzado, no llevó aparejada la interrogante en torno a qué pasa con los varones.

Ya se ha señalado que este es un aspecto controvertido y no todos opinan de la misma manera (ver Gomáriz, 1997; Corsi, 1994; Corsi y otros, 1995; Valdés y Olavarría, 1997).

Hecha esa salvedad, un rápido repaso a la situación en el país, muestra que los primeros acercamientos a la temática se dan con trabajos de investigación de la Universidad de Costa Rica, que abordaban la relación de la masculinidad y la violencia doméstica (Rodríguez y Salas, 1991; Salas, 1994; Salas, 1996; Salas, 1998; Rodríguez, 1995). Esta última autora luego estudia la masculinidad y varias de sus dimensiones en hombres trabajadores del agro al sur del país y, de manera más reciente, aborda la dimensión paternidad.

Chinchilla y Gutiérrez (1991), presentan interesantes resultados de la relación entre masculinidad y figura paterna. Poco después, Ortiz (1993) incursiona más específicamente en el área de la sexualidad masculina, indagando acerca del vínculo de la masculinidad y la prostitución femenina. Tratando de integrar la masculinidad en sus análisis, Brenes y Vega (1995) exploran la percepción de sexualidad que tienen niños y niñas y sus padres y madres en una institución preescolar de San José, con resultados sorprendentes.

Además, en los últimos años se ha incrementado la publicación de algunos trabajos y se conoce del interés por parte de algunas instituciones de incorporar en sus tareas la perspectiva de la masculinidad, asumiéndola como necesaria para el logro de sus objetivos. Llama la atención que ya para 1995, en el III Congreso Nacional de Psicología, se presenta una apreciable cantidad de trabajos en torno al tema de género, entre los que hubo algunos

directamente relacionados con la masculinidad; de hecho se organizó todo un foro exclusivo sobre ella, hecho inédito hasta ese momento (Salas, 1996). En las subsiguientes versiones de este foro nacional, la temática también ha estado presente.

Se publica un artículo de tipo teórico referente a los mecanismos de base en la construcción de la masculinidad (Salas, 1996); luego aparece el primer libro elaborado en el país que aborda la temática (Gomáriz, 1997). Se conoce del trabajo que desarrolla ILANUD en torno a varias dimensiones del orden social (violencia doméstica, incesto, entre otras), en el que poco a poco se ha ido incorporando la dimensión de la construcción de la masculinidad (véase Jiménez y Quesada, 1996). Tal vez con más antigüedad que la anterior está la labor que llevó a cabo el Instituto Latinoamericano de Prevención y Educación en Salud (ILPES), institución que, trabajando con la situación de poblaciones particulares (hombres gay, personas VIH positivas o con SIDA, prostitutos), derivó parte de su trabajo a la investigación e intervención desde la perspectiva masculina (aunque no puede señalarse a esta iniciativa como de tipo masculinista o de estudios de la masculinidad).

En los últimos años, el incremento del abordaje del tema y otras categorías conexas, tanto en el ámbito académico como en distintas labores institucionales, así como la producción escrita, es evidente: los libros de Garita (2001) y Campos y Salas (2002a); se crea el Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM), primera organización no gubernamental que de manera explícita trabaja la temática; se llevan a cabo investigaciones en diferentes ámbitos institucionales, en el que se destaca un libro que analiza la situación de la paternidad, en el contexto de la aplicación de la Ley de paternidad responsable (Menjívar, Esquivel y Otxotorena, 2002); González (2004) lleva a cabo un laborioso análisis de tipo psichistórico de un grupo de hombres de mediados del siglo pasado; por su parte, Tapia (2004) aborda la cuestión de la masculinidad en hombres adolescentes; se conoce la investigación

que acerca de este tema impulsó la Federación Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), cuyos resultados son importantes de retomar (Rivera y Ceciliano, 2004); Sandoval (2005) viene investigando la relación entre la masculinidad y la identidad en el fenómeno del fútbol en Costa Rica; en el INAMU se llevan a cabo algunas labores de apoyo en diversos ámbitos relacionados con la masculinidad; diferentes espacios radiales y televisivos tratan el tema en forma más continua (tanto en estaciones comerciales como del Estado o universitarios).

En forma especial deben mencionarse dos hechos relevantes. Por un lado, la incorporación en el VII Informe del Estado de la Nación (2001) de un capítulo especial acerca del avance en materia de género en nuestro país, el cual incluyó un apartado dedicado a la situación de la masculinidad en nuestro país (tarea en la que el autor tomó parte). Por otro, la realización en Costa Rica, en noviembre de 2001, del I Encuentro Centroamericano acerca de las Masculinidades, organizado por el Instituto WEM, del cual se publica un volumen con las ponencias del evento (compiladas por Campos y Salas, 2002a); este texto permite una actualización del estado de la cuestión de la masculinidad en el área (incluidos México y Panamá).

También se tiene información acerca de trabajos de graduación en el nivel de maestría en la Universidad de Costa Rica que se están ocupando de la temática, en áreas como la salud pública, sociología e historia y que abordan aspectos diversos.

Durante varios años, se desarrolló el Foro Permanente de la Masculinidad, un importante y pionero espacio en la Universidad de Costa Rica como instancia de análisis, intercambio y reflexión en torno a la masculinidad. Luego de su creación en 1999, el Instituto WEM viene desarrollando una serie de proyectos y tareas, cuyo eje principal es la masculinidad: trabajo con grupos de hombres (de reflexión y una experiencia inicial con hombres llamados "ofensores")<sup>6</sup>, apertura de un servicio telefónico para

atender hombres en situaciones de crisis, clínica individual y grupal para hombres, trabajo de reflexión grupal con hombres, trabajo comunitario e institucional en violencia intrafamiliar y hombres, capacitación y sensibilización a diferentes grupos en la temática.

Por lo tanto, en lo concerniente a Costa Rica, se trata de una temática con mayor presencia en la academia y en la institucionalidad del gobierno y en la no gubernamental. Está incorporada en trabajos de graduación, en cursos e investigaciones, en trabajo de base y en la reflexión teórico conceptual (mediante artículos de revista y libros). Se está en posición de afirmar que tanto para Costa Rica como para el resto de Centroamérica, sobresalen los temas de la masculinidad asociada con violencia intrafamiliar, paternidad, salud, sexualidad, entre otros. Se puede decir que esto último se da, tal vez no en el nivel más deseado pero sí con una mayor presencia.

Como ya se mencionó, en Europa y en los Estados Unidos hay una mayor experiencia y trayectoria de trabajo en esta línea, lo que ha propiciado un rica difusión de literatura que paulatinamente se va conociendo en nuestro país, incluso ya traducida al español.

En América Latina se cuenta ya también con una sólida experiencia en países como Argentina, Puerto Rico, República Dominicana, México, Perú, Brasil (Ver Cucco y Landa, 1989; Cruz Díaz, Fernández Bausó, González Armenteros y Román Tirado, 1990; Rivera Medina, 1991; Corsi, 1994; Corsi y otros, 1995; Fuller, 1997; Valdés y Olavarría, 1997; Rizo, 1998; Instituto PROMUNDO, 2002). También destacó en su momento la labor en pro del bienestar de las mujeres y de los varones que promovió el Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF) en República Dominicana. Como antecedentes sobresalientes del Encuentro

---

<sup>6</sup> Como se intentará argumentar más adelante, se prefiere la expresión de "hombres con problemas de poder y control en sus relaciones de pareja".



Centroamericano, deben mencionarse el primer congreso mundial de estudios sobre el hombre, realizado en Canadá, en 1995, y el Seminario Taller "Identidad masculina, sexualidad y salud reproductiva", que se llevó a cabo en México, en 1998.<sup>7</sup> Al finalizar la década de los años noventa, en Costa Rica se realizaron algunas actividades a cargo de Marcela Lagarde y Daniel Cazés, especialistas en los temas de género y masculinidad, sobre todo en el ámbito universitario.

Merece especial referencia el trabajo que se viene realizando en Nicaragua desde hace varios años y que ha dado frutos no solo en material escrito (véanse los varios documentos elaborados por Cantera, 1995; Puntos de Encuentro y la Asociación de Hombres contra la Violencia; Abaúnza, 2002; Reyes, 2002) sino también de trabajo activo y directo, en el que destaca la realización de varios encuentros nacionales de hombres, con el fin de indagar sus particularidades y, de manera especial, combatir la violencia contra las mujeres, los niños y las niñas. En esta misma línea de trabajo, destaca la tesonera y sistemática labor de la Dra. Gioconda Batres (Batres, Portugués y Cortéz –comp.–, 1995; Batres y Portugués –comp.–, 1996; Batres, 1999; Batres, Recinos y Dumani, 2002, entre otros), realizada con el auspicio del ILANUD, en el área centroamericana y sudamericana, sobre todo de investigación y capacitación para el enfrentamiento de la violencia intrafamiliar, dirigida a diversas poblaciones profesionales y cuerpos policiales.

Finalmente, es preciso mencionar el evidente incremento del interés hacia la temática de la masculinidad por parte de estudiantes (mediante anteproyectos de trabajos finales de graduación; entre ellos, Solano, 2003; Calderón y Vargas, 2004) y de otros/as académicos/as y profesionales, de la psicología y otras disciplinas.

Se desprende, entonces, del sucinto repaso anterior, que la temática que ocupa este libro ha ganado más terreno en nuestro

---

<sup>7</sup> Por lo menos en lo tocante a América Latina, conviene revisar el breve, pero denso repaso que acerca del particular hacen Valdés y Olavarría (1997).

país de lo esperado hace pocos años. Quien muestre interés por tomar la situación de los varones como centro de su atención investigativa o profesional, ya no es observado con incredulidad, sorpresa o hasta ironía. Ya son escuchadas con menos frecuencia las interrogantes aquellas de “¿Qué es eso?”, “Trabajar con hombres, ¿para qué?” o las afirmaciones como “¡Con los hombres no hay nada que hacer!”.

### **Los hombres también somos Género**

La humanidad, por medio de diversas vías (la del conocimiento científico, la artística, la religiosa, la del conocimiento popular) ha pretendido contestar a una serie de interrogantes acerca de lo que se adjudica como la realidad. Para ello, ha tenido que desgajar en forma artificial esa realidad, debido a que su existencia sobrepasa en mucho la capacidad con la que cuenta la especie humana para accederla.

Las muchas preguntas y las respuestas que se han dado tienen que ver, entre otros muchos aspectos, con el mundo de lo físico, de lo cultural, de los sentimientos y de los pensamientos, de la locura y del placer, de lo racional y de lo intuitivo. De ahí precisamente las diversas formas de manifestación del conocimiento de la especie humana, en la medida que las respuestas obedecen a múltiples variantes de vivir, pensar y sentir esa realidad.

Entre las interrogantes, una de las más importantes ha sido y es la relativa a su propio ser como sujeto humano: ¿cómo y por qué se comporta?, ¿qué explica las diferencias que se tienen?, ¿qué los caracteriza como seres humanos?

En las llamadas ciencias sociales, una de las preocupaciones que más impacto ha tenido es la concerniente al ser hombre y al ser mujer. Se podría decir que es una inquietud más bien reciente en

la historia de la especie humana, simple y sencillamente porque ello no preocupaba; las cosas como estaban "estaban bien" -o por lo menos así se percibía- y no había necesidad de cuestionarlas, menos modificarlas. Una serie de acontecimientos recientes ha venido a poner en jaque esa concepción. Las posibilidades que brinda el acceso de la mujer a ser partícipe en actividades en las que siempre había estado invisible o ausente; un mayor control de la mujer sobre la procreación con el advenimiento de los anti-conceptivos y, de ahí, un mayor control de su cuerpo y su sexualidad; los aportes otorgados por los estudios transculturales en los que todo lo "natural" se relativiza y cuestiona; una mayor incorporación de la mujer en el dominio de lo público (hasta ahora, patrimonio del hombre); el cada vez mayor acceso de las mujeres a la educación; diversos y nuevos pedidos que se le hace a los hombres, y otros acontecimientos de impacto, le permitieron un cuestionamiento global de su situación. Tal vez la instancia que más ha permitido tal proceso ha sido el aporte y encaramiento dado por los estudios y las luchas feministas, más allá, en este momento, de compartir o no todos sus planteamientos y tesis.

Lo cierto es que tal remezón se da. Como es de esperar, al producirse todo ello al interior de la realidad de las mujeres, la realidad de los hombres de alguna manera también se vio (o debería verse) afectada.

Se parte de la visión de que en el asunto del ser hombres y ser mujeres, son éstas quienes han logrado una mayor conciencia o, si se quiere, han logrado construir una ideología más clara alrededor de su ser. Los hombres, como género, se han quedado muy atrás; tal vez, como se expondrá en páginas siguientes, porque no se siente la necesidad, no hay nada que cambiar, no hay nada que aprender. Como lo señala Gindin (1991), en referencia a la sexualidad, componente fundamental del ser masculino, a los hombres se les considera conocedores innatos de muchas de sus facetas, entre ellas la sexual, de la que nada tienen que aprender pues ya todo lo saben. Tanto es así que, precisamente por ello, el hombre,

en términos generales, presenta tantas preocupaciones en la vivencia de su sexualidad. Es esperable que tal sapiencia pueda también ser ubicada en otras áreas de la vivencia de la masculinidad. Más allá de la sexualidad, a los hombres se les ha dificultado o no han querido asumir la realidad de que la forma cómo han sido enseñados a ser hombres y la forma como en concreto lo hacen tiene una serie de componentes que atentan contra su desarrollo integral y sano y, con ello, el de otras personas. De ahí que para la mayoría de ellos no hay mucho que cambiar.

Por otro lado, desde el punto de vista del conocimiento científico de lo social, los hombres tampoco han sido objetos o sujetos de análisis para sí mismos. Alrededor del ser masculino, de la masculinidad, de su relación con la feminidad, de su relación con la realidad global, es bien poco lo que hay. Muy difícil esperar esas preocupaciones del hombre en su dimensión de hombre. Es hasta años muy recientes, mediados de los años setenta del siglo pasado, como ya fue detallado páginas atrás, que, sobre todo en Europa y los Estados Unidos, se perfila una veta de investigación tomando como objeto de estudio a los hombres: los llamados "estudios del varón" (Men's studies) (Rivera Medina, 1991). En lo específico para Costa Rica, esta temática recién inicia el interés de investigadores/as como tales. También se conoce de algunas experiencias muy valiosas en México, Puerto Rico, España y Argentina, ya con algunos años de trabajo e investigación (CORIAC; Cucco y Landa, 1989; Cruz Díaz, Fernández Bausa, Gonzáles Armenteros y Román Tirado, 1990; Rivera Medina, 1991), tal y como ya fue abordado en la Introducción.

Así, este texto se inscribe dentro de ese acercamiento al estudio o abordaje de la masculinidad en nuestro país, siguiendo la trayectoria de trabajos pioneros y otros más recientes que dan cuenta de un importante interés por esta dimensión psicosocial (también ya mencionada).

Dentro de toda esa complejidad, sobresale una de las manifestaciones más achacadas al ser masculino y a los hombres: la de ser violentos y agresivos. Y, dentro de esa violencia, una de las más dramáticas y dolorosas: la generada y vivida en el ámbito intrafamiliar, así como la desplegada contra las mujeres.

Sin embargo, antes de extender este punto, es oportuno detenerse a reflexionar brevemente acerca de las puertas de entrada para acceder al estudio de la masculinidad. Es necesario indicar que tal acceso es complicado hacerlo en abstracto; la masculinidad existe, se da y reproduce en sujetos concretos (sobre todo, aunque no de manera exclusiva, en los hombres). De ahí que consideremos que es prudente estudiarla siempre en "relación con". Entre otras, tales puertas pueden ser el abordaje de: masculinidad y sexualidad, masculinidad y pareja, masculinidad y familia, masculinidad y paternidad... y masculinidad y violencia intrafamiliar. Como ya se ha indicado, el presente trabajo se centra en esta última, aunque no sobra señalar que eso es más una cuestión de énfasis, en tanto es inevitable el tocar algunas otras de esas dimensiones. Por ejemplo, es imposible referirse a violencia intrafamiliar y de género sin hacerlo a la cuestión de la pareja. Por lo menos para Costa Rica y Centroamérica (Campos y Salas, 2002a), la violencia intrafamiliar es una de las dimensiones que, para la masculinidad y para la vida social en general, es prioritaria de atender y resolver.

Si bien la ecuación masculinidad = violencia intrafamiliar, tal y como ha sido construida hasta el momento, se asume casi en forma automática, la propuesta de trabajo que se ofrece parte de un marco en el que la premisa no es esa. Este es un ángulo que necesita de una mayor discusión y reflexión. Se considera que la socialización masculina es violenta y violentadora, *prepara, cuece las bases* para que, con facilidad, los hombres puedan ser o tornarse violentos. Ser hombre no es ser violento porque sí; pero la masculinidad sí acerca cotidianamente a los hombres a las situaciones y mecanismos en los que la violencia prende con facilidad. De esto se deriva también la postura acerca de la necesidad

de abordar la relación entre la masculinidad y la violencia intrafamiliar desde y con la perspectiva de los hombres de la población general, el hombre de la calle “común y corriente”.<sup>8</sup>

De ahí que, masculinidad y violencia intrafamiliar y de género se convierten en ejes del presente trabajo. Esa violencia se asume como un ámbito estereotipado de expresión de aquella (tanto por lo que los hombres realmente hacen como por lo que se asume que es lo que con preponderancia son capaces de hacer). Por ello, se prefiere la expresión Violencia Intrafamiliar y de Género y no violencia masculina porque, como se expondrá después, este tipo de violencia involucra no solo la desplegada por el hombre sino, también, aunque en menor grado, por otros miembros de la familia y también aquella no expresada de manera física. Lo anterior no intenta tapar el sol con un dedo: en efecto es el hombre el que en mayor nivel ejerce la violencia, según se desprende de varios indicadores. Lo que se intenta es ubicar la situación en otros términos.

Con todo y este panorama, sí se parte de un supuesto básico: en torno a la violencia intrafamiliar, no solo se debe hacer algo con los hombres sino que también es posible. Son conocidos algunos espacios académicos y de otras instituciones que sostienen la posición de que con los varones no hay nada que hacer, llevado al argumento hasta el punto de que eso sería perder tiempo y recursos. Esta apreciación es aún más fuerte si se trata de violencia intrafamiliar, ámbito especialmente sensible a una percepción negativa de los varones, por razones que bien pueden ser válidas en distintos grados.

De manera explícita debe plantearse que, por lo tanto, no se está partiendo necesariamente del hecho de que la masculinidad *per se* esté caracterizada principalmente por ser violenta; se trata de abordar un área que le ha sido asignada y ha sido asumida como parte de los mecanismos propios de la socialización de los hombres, de

---

<sup>8</sup> En el apartado correspondiente, se trata de profundizar un poco más en esta discusión.

manera preponderante. No se niega ese componente, lo que no se comparte es su exclusividad, que sea asumida como inevitable, y adoptamos más bien la perspectiva de variar la situación.

Resulta innecesario abundar aquí en datos y referencias a la situación descrita: el hombre se instituye como el principal “agente de violencia” en el ámbito intrafamiliar y de relaciones cercanas, siendo los niños, las niñas, las mujeres y las personas adultas mayores los principales receptores de esa violencia. Los datos al respecto y las medidas que, por lo menos la sociedad costarricense ha tomado, ya han sido descritos en otro lugar (Rodríguez y Salas, 1991; Batres, 1999; Batres y otros, 2002; Claramunt, 1997; Shrader y Sagot, 1998) y, además, son objeto de una amplia cobertura por parte de la prensa y de literatura especializada. De esto, ya se aportaron datos y comentarios también en la Introducción.

Se parte, entonces, de asumir esta realidad, aunque con una perspectiva crítica. La violencia descrita es aquella cuyas manifestaciones son las que tradicionalmente han sido entendidas como tales. De ahí que se considere necesario, por lo menos para efectos inmediatos de este texto, el cuestionar las concepciones que se han venido exponiendo acerca de la violencia, violencia intrafamiliar y, asociada con ellas, la de masculinidad. Este trabajo pretende participar en la discusión y toma de medidas de acción concretas que sobre ello, en buena hora, se están promoviendo.

Cabe llamar la atención en el sentido de que si bien esta situación ha movilizadado y debe movilizar muchos recursos para su enfrentamiento, es poco lo que se ha hecho con los hombres. El principal foco de atención ha sido con hombres “agresores”, quienes de manera franca han sido detectados como tales: adultos privados de libertad y adolescentes; también con grupos particulares que atienden la problemática, tales como profesionales y grupos policiales (Batres, Portugués y Cortez –comp., 1995; Batres y Portugués –comp., 1996; Batres, 1999; Batres, Recinos y Dumani,

2002; la experiencia en la Fundación Ser y Crecer). Por su parte, el Instituto WEM viene desarrollando desde hace algunos años una experiencia con grupos de hombres que tienen dificultades con sus parejas, en virtud de sus problemas de poder y control, sin que todos ellos tengan líos judiciales (Campos y González, 2002). Siendo el hombre el elemento básico de la violencia intrafamiliar, precisamente como “agresor”, merece prestarle atención y actuar en todos los ámbitos posibles, no solo desde la atención de la violencia franca sino, sobre todo, para su prevención.

Como se sustenta más adelante, este trabajo pretende proponer opciones de abordaje con hombres de la población general, acerca de una interrogante básica: ¿qué dice este hombre de la violencia doméstica y de su relación con la masculinidad? Además, ¿qué piensa el hombre de esa situación?, ¿qué siente al ver su condición masculina muy atravesada por componentes violentos?, ¿cómo percibe su socialización?, ¿cómo se ve y siente frente a las mujeres?, ¿considera que con el hombre se pueden y deben tomar también acciones?, ¿qué se puede hacer para prevenir y erradicar esta seria problemática social? Se considera que estas son preguntas centrales de cara a los propósitos de este texto.



## **Género y masculinidad. Procesos de construcción social.**

Es un lugar ya consolidado en la literatura especializada, proveniente de diversas disciplinas, el plantear y sostener la determinación psicosocial, histórica y económica del comportamiento de los seres humanos. Es sorprendente que con una carga genética básica similar, haya tantas diferencias de actitudes, hábitos, costumbres, comportamientos, subjetividades y leyes, de un conglomerado social a otro. De hecho, lo que en un grupo tiene validez y presencia cotidiana, en otro se convierte en tabú y objeto de especificaciones diferentes, en muchos órdenes de lo sociocultural y lo político.

Este es un elemento básico por considerar por parte de las ciencias sociales, en sus diferentes ámbitos de acción. Sin embargo, ello es obviado, no pocas veces. Un ejemplo clásico proveniente de la psicología, y no por ello menos ilustrativo, es la construcción y aplicación indiscriminada de las llamadas pruebas psicométricas. Por lo menos hasta hace pocos lustros, era común en nuestro país la utilización de pruebas y hasta baterías completas sin que mediara ningún proceso adaptativo a las condiciones socioculturales propias. Se parte de una igualdad en todos los seres humanos en los aspectos o procesos evaluados por esas pruebas, obviando la determinación que sobre ellos tienen los componentes socioculturales propios de cada uno de esos conglomerados humanos.

Se olvida, además, que en la elaboración de dichos instrumentos está presente toda la carga ética, ideológica y política del grupo social correspondiente. De hecho, en el diseño de esas pruebas hay, en forma explícita o implícita, un grupo normativo, del cual se desprenden criterios y puntos de decisión fundamentales que afectarán luego las vidas de muchas personas que, las más de las veces, poco tienen que ver con aquel grupo que se toma como punto de

referencia. Además, como ciencia normativa que es, la psicología no puede escamotear la responsabilidad que le confiere el ser una entidad que estudia la realidad pero que también la crea.

Retomando el amplio espectro de diferencias entre los seres humanos, una de las más sensibles es la que concierne con el ser (comportamientos, afectos y pensamientos) de los hombres y de las mujeres. Quizá sobre recordar que en esta temática específica hay también mucha discusión. Pese a ello, un lugar ya consolidado en la ciencia moderna es la premisa que establece que las diferencias entre hombres y mujeres no están dadas solo por lo que corresponde a pertenecer a uno u otro sexo. Este componente, el biológico, es básico, pero no el único ni el de mayor incidencia.

Así, los conceptos de masculinidad y feminidad aluden a construcciones sociales e históricas, donde las determinaciones están dadas por lo que en ese momento y lugar se establecen como lo prescrito e indicado para el macho o la hembra humanos. Los estudios transculturales, desde la década de los años cuarenta del siglo pasado, son muy claros en ubicar al proceso de socialización como el elemento más importante en la conformación de los comportamientos como hombres o como mujeres. La historia de la humanidad también es clara en ese sentido, no solo desde los aportes de la Historia como ciencia sino también en lo ilustrativo de la literatura universal. Repitiendo, entonces, no es la codificación genética la que viene a determinar, por lo menos de manera más importante, ese comportamiento diferencial.

El concepto "género" ha dado buena cuenta de lo que aquí se está planteando. En términos de Lamas (1987), se le entiende como el conjunto de conductas atribuidas a los varones o a las mujeres, según los cánones espacio-temporales de los diferentes grupos humanos. Se puntualiza, en este documento, que son aquellas sobredeterminaciones socioculturales que los grupos humanos imponen a sus integrantes, tomando como base su dotación

biológica. Es decir, el género se construye, sobre todo, a partir del sexo, pero lo trasciende.

Abundando en el punto, siguiendo la línea de otros autores y autoras, se plantea a la teoría del género como el elemento central desde la perspectiva conceptual, junto con su par inseparable, la teoría del poder. Ambas provienen de un mismo tronco común y el primero tiene que ser entendido en una dimensión histórico social, donde lo que impregna a los vínculos humanos son las relaciones de poder. Así, la condición de género toma sentido y puede comprenderse mejor en un contexto en el que de manera permanente se dirimen el acceso y el uso del poder de dominación y control.

Reiterando, por género se entenderá:

*“...un conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos; los cuales mediante procesos sociales y culturales constituyen a los particulares y a los grupos sociales” (Lagarde, 1990, p. 61).*

No obstante, es imperativo insistir que esa atribución está inmersa y es parte fundamental de la incorporación que los grupos humanos hacen de sus integrantes. Esta incorporación se lleva a cabo por medio de la socialización que, siguiendo a Martín-Baró (1985), es concebida como:

*“... el proceso a través del cual los individuos adquieren aquellas habilidades necesarias para adaptarse y progresar en una determinada sociedad... aquí vamos a entender la socialización como aquellos procesos psicosociales en los que el individuo se desarrolla históricamente como persona y como miembro de una sociedad” (pp. 114-115).*

Este componente socializador ha determinado, por lo tanto, el ser masculino y el ser hombre en nuestra sociedad, con todas las implicaciones negativas y positivas que ello tiene. Implicaciones cuya presencia se da en los diferentes colectivos, en el hogar, en lo sexual, en lo laboral, en lo afectivo, en lo público, en lo privado, entre otros ámbitos o dimensiones humanas.

Por tal motivo, la socialización no puede ser asumida solo como un proceso que se lleva a cabo en la privacidad de los grupos primarios, sobre todo en la familia, y que tiene implicaciones reducidas para las personas. Tal proceso alude también a una dimensión sociopolítica más amplia, en tanto tiene que ver con el acceso al poder y a la posibilidad de tomar decisiones, lo cual está claramente marcado según la condición de género. El problema no es ser hombre o ser mujer, sino cuáles son las implicaciones objetivas y subjetivas que ello implica para los individuos particulares.

Como ya se ha postulado, la condición de género, en este caso la masculina, es un producto básicamente social, en la que si bien es cierto intervienen factores de índole biológica, el peso de estos pasa a un segundo plano. Es cierto que la primera base es lo anatómico biológico en cuanto a ser "machito o hembra"; no obstante, el peso mayor de esta estructuración del género corresponde a procesos psicosociales y culturales. Así, entonces, género no es lo mismo que sexo. Este último es parte importante de aquel, pero no lo sustituye y, por el contrario, es trascendido por el género. De esta forma, las implicaciones que se derivan de la dotación biológica que se posee ontogénica y filogenéticamente, obtienen sus manifestaciones concretas según los determinantes históricos, sociales, ideológicos y políticos.

Debe aclararse, una vez más, que lo definido como lo masculino o como lo femenino es lo que en determinado lugar y momento se precisa como lo propio para hombres y para mujeres. Las personas no se comportan femeninamente por ser hembras de la especie o masculinamente por ser machos de la especie; se

comportan de esa manera porque eso es lo asignado en su grupo social, en función de su sexo. De hecho, como se expondrá más adelante, el que los varones intenten salirse de esa normativa tiene serias implicaciones en la percepción y en el trato que reciben de su entorno inmediato y mediato (y no se trata necesariamente de hombres homosexuales, como, de manera prejuiciada, comúnmente se entiende, en virtud de que lo que se discute es la condición de género y no la orientación sexual).

Desde ese ángulo de análisis, se considera errónea la idea aquella de que para solucionar los problemas los varones deben comportarse más como las mujeres; es decir, que se feminicen. Primero, porque se parte de que el “comportamiento femenino” es la vara con la que se medirá la bondad o la maldad de determinado cambio o proceso. Segundo, porque si de cambios en los hombres se trata, la cuestión es que asuman ciertos aspectos que le han sido negados a ellos y depositados solo en las mujeres. Tercero, porque en tal idea subyace la confusión entre sexo y género. Ciertos aspectos o componentes que los hombres no portan o les es difícil cultivar, no es por un imperativo de la naturaleza; potencialmente, están en capacidad de asumirlos y cultivarlos, si se los permiten y si así ellos lo permiten. Esas formas de ser “masculinas o femeninas” son las que han sido designadas como tales en ciertos lugares y espacios. Cuarto, porque la cuestión del género no alude solo a roles (comportamiento), sino que es una realidad mucho más compleja; los roles son parte de ella, pero no lo explican todo. De manera breve, debemos anotar que, junto con los roles, el género incluye los afectos, los sentimientos, las subjetividades y, por tal motivo, es tan importante la llamada realidad objetiva (externa) como la subjetiva (interna, denominada también como “mundo interno”).<sup>9</sup>

Es pertinente hacer un breve comentario en torno a la necesidad de intentar la integración de los postulados básicos de las teorías

---

<sup>9</sup> En ese sentido, tan importante es lo que se me asigne para ser hombre como lo que yo, subjetivamente, proceso y vivo en tal condición, sobre todo, en relación con otros.

del género y del poder, potentes instrumentos teóricos y de acción política aportados por el feminismo, basados en los roles y en los componentes cognitivos, con los sustratos subjetivos de la condición de género. Este se compone de roles e ideas, pero no solo de ellas, pues una de las principales características de la socialización primaria tiene como base fundamental el que se lleva a cabo sobre todo por mediación de procesos afectivos (Berger y Luckmann, 1976), los cuales explican la solidez y el arraigo de lo incorporado que, a su vez, lo torna difícil de modificar. Se colige de lo anterior que, en materia de género, trastocar roles, pensamientos y conductas es necesario, pero no suficiente.

Abundando en el asunto, se entiende al mundo interno como:

*“... el conjunto de ansiedades y fantasías, en su mayoría inconscientes, a partir de las cuales el sujeto se vincula con el mundo circundante... supone los objetos de la vida afectiva que el sujeto ha ido introyectando a lo largo de su vida en el transcurso del establecimiento de sus relaciones objetales (Seagal, 1983; Kernberg, 1988). En el mundo interno se suscitan procesos y emociones primarias, así como ansiedades y fantasías que reviven estados de desprotección, inseguridad, devaluación, temor; así como estados de omnipotencia y control.*

*En relación con el mundo interno, la masculinidad se caracteriza por la intolerancia, negación y repudio de las ansiedades y fantasías que colocan al sujeto en estados de desprotección, amenaza y miedo” (Campos y Salas, 2002b, p.27).*

Demás está señalar el trascendental impacto que esto tiene en la comprensión de la violencia intrafamiliar, desde la perspectiva de la vivencia de la masculinidad. Muchos acontecimientos que precipitan escenas o brotes de violencia pueden ser comprendidos desde dificultades que los hombres experimentan en tanto el

mundo interno no calza o no va en rima con la realidad exterior. El peso de ese imaginario actúa cual realidad irrefutable.

Utilizando la imagen ya desarrollada en la misma obra recién citada, se puede abundar diciendo que con el género sucede algo similar a la repartición que el conglomerado social hace de un gran pastel, en tanto se trata de la asignación de una serie de variados aspectos a los machos de la especie, con lo cual los convierten en hombres y a eso se le llama masculinidad. La otra porción se le reparte a las hembras de la especie, las cuales devienen en mujeres y a eso se le denomina feminidad. Ese pastel va desde la aparentemente inocua utilización de colores diferenciados, pasando por conductas y roles, hasta los elementos subjetivos e intersubjetivos que atraviesan todos los niveles de la vida social, topando con los de tipo macro político. Por eso, el género, al estar asociado con el acceso al poder y la dominación, adquiere connotaciones políticas. Esto explica, en buena parte, el por qué en esta temática se corre el riesgo de caer en posiciones psicologistas, al decir de Martín-Baró (1985).

¿Cómo se forja tal proceso?

Como se indicó, es necesario partir de que el esquema social imperante tiene una distribución desigual del acceso al poder, en sus más variadas manifestaciones. Buena parte de ella tiene que ver con las relaciones entre hombres y mujeres, donde aquellos, por lo general, tienen una mayor cuota de participación en la toma de decisiones y de control sobre diversas situaciones sociales. Lo anterior sin entrar en las calificaciones que se otorgan a lo que es masculino o lo que es femenino, las cuales obviamente son diferenciales.

Se afirma "buena parte", en tanto tal acceso al poder no se da en todos los hombres por igual. Como bien lo plantea Kimmel (1994), ese esquema debe replantearse a otro que postula que el poder es aquel que ejercen algunos hombres sobre muchos otros

hombres, sobre las mujeres, los niños y las niñas, las personas ancianas.<sup>10</sup> Es decir, la desigual relación entre hombres y mujeres es un reflejo, tal vez de los más claros pero de los menos vistos, de las desigualdades de un sistema que se sostiene precisamente sobre ellas. La desigualdad por género es una manifestación de un sistema social desigual por definición.

La tesis anterior no es consensual. Sobre ella, por ejemplo, Lagarde (1990) sostiene que la división genérica es la base o matriz de todo el sistema patriarcal desigual y que toda la falta de equidad que le impregna es el punto de partida para entender todo el resto de desigualdades sociales. Desde feminismo de base marxista, por ejemplo, se sostiene que sigue siendo la clase social la determinación básica de la vida social, sin con ella subestimar el papel determinante que tiene la condición de género (se sugiere revisar el repaso que al respecto hace González, 1985). Este es un punto por debatir, que no está resuelto y que demanda de las ciencias sociales una mayor dosis de reflexión y cuestionamiento.

En este punto del desarrollo del tema, vale aclarar que hay diversas ópticas o tendencias en el abordaje o el estudio de la masculinidad. No todas parten de las mismas premisas ni tiene los mismos propósitos. Entre ellas, se pueden citar algunas: el enfoque biológico, el enfoque de la teoría género sensitiva; el enfoque conservador; el enfoque de las tradiciones míticas, mitopoiéticas o espirituales, la perspectiva socialista. En este trabajo se opta por una que integra a las teorías del género, del poder y de la socialización, junto con otros elementos provenientes de diversas fuentes. De manera particular, como ya se señaló, interesa resaltar la incorporación de las nociones relacionadas con la subjetividad, el mundo interno y, sobre todo, el considerar los elementos afectivos como cruciales en la conformación de la masculinidad y en algunas de sus implicaciones.

---

<sup>10</sup> También sobre la naturaleza, con la cual la especie humana se ha relacionado con una lógica masculina de dominio y control (véase Salas, 2002).



Sin perjuicio de llevar adelante esa importante discusión y retomando la idea inicial, sí se puede plantear que, con independencia del lente con que se le mire, este sistema social requiere, para su adecuado funcionamiento, formar sujetos que aprendan, asuman y reproduzcan el esquema imperante.

Desde el punto de vista de la socialización, ésta debe actuar en todas y cada una de las personas haciendo que ellas asuman, sin mayor reparo, los dictados del hacer y pensar del grupo particular en que nació, creció y vive. Las actitudes, ideas, concepciones, imágenes y representaciones sociales de cada cual, son moldeadas para que rimen en los diversos órdenes de ese conglomerado social, en lo político, lo económico, lo vincular y, por supuesto, en la cuestión del ser hombre o mujer.

De esta manera, los varones reciben una serie de mensajes, incluso de índole prenatal, que los van ubicando y autoconformándose en determinadas posiciones sociales, las que necesariamente requieren de ser introyectadas, creídas y reproducidas por cada sujeto portador de ellas. El asunto radica en que cada hombre llegue a creer firmemente en la validez, firmeza y conveniencia social de ese esquema de interacción.

Estos mensajes hacen que ellos asuman luego los comportamientos y las actitudes propios del ser competitivo, agresivo, poderoso, sabedor y dueño del poder de decisión (ello aun cuando, como ya se anotó, paradójicamente no estén ocupando esas posiciones). De este modo, lo masculino se convierte en el punto de referencia para medir lo que es aceptable socialmente. Es esta la clave para poder entender el esquema androcéntrico del sistema social.

Las mujeres reciben el mensaje opuesto, el que, por lógica, debe ser complementario al de los varones. En contenido y forma, el principal componente socializador femenino, a partir de cierto momento de la historia, es el que lo ubica como lo rechazado, lo desautorizado, lo infravalorado socialmente. Para que los

mandatos funcionen en unos deben ser efectivos en las otras y viceversa. El sistema debe tapar las fisuras por las que se puedan filtrar cuestionamientos a su engranaje y funcionamiento.

Esa efectividad se apuntala en que parte medular de los mecanismos mencionados llevan en sí sus propios dispositivos de inmunidad. Los mecanismos de control social se autoprotegen, desde su misma constitución. Esta condición es la que explica que los sujetos sociales, hombres y mujeres, sean sus portadores sin mayor cuestionamiento o posibilidad de refutarlos (a muchas mujeres agredidas les cuesta salirse de relaciones altamente violentas justo por la incorporación de ciertos mensajes y no **“porque les gusta que les peguen”**, como tendenciosamente rezan ciertos discursos).

Aunque de forma breve, conviene resaltar que, además de complementario, el sistema de género posee otras importantes características:

- Es un criterio divisor de los seres humanos. Aspecto que comparte con la utilización del concepto en otros saberes: con el género se clasifica en biología, en literatura, en la música, en la gramática, en la vida cotidiana. Aun en su clásica utilización como “tela”, el término tiene un objetivo clasificador.
- Es arbitrario. Se impone sin mayor discusión, de acuerdo con las prescripciones del grupo social correspondiente.
- Es rígido. Brinda pocas opciones a las personas para moverse dentro de él.
- Es maniqueo. Muy relacionada con la característica anterior, ésta nos señala que se está en un extremo o se está en el otro: se es hombre o se es mujer, siendo la condición de esta última algo descalificado socialmente.

- Es sutil. Su eficacia se basa en ella: a los sujetos les cuesta reparar en cómo está funcionando el sistema de género, lo cual inhibe las posibilidades de modificación. Con frecuencia se produce más bien lo opuesto; es decir, que se defiende la existencia del sistema tal como está diseñado, aun si está causando perjuicio.
- Es intolerante. No acepta cuestionamientos o modificaciones, so pena de recibir importantes castigos.
- Es complejo. Está constituido por roles, conductas, pensamientos, sentimientos. Es un constructo multidimensional.

Para efectos de este trabajo, es necesario poner atención en sus implicaciones, con algún énfasis, en los primeros. Así, para los hombres el asunto tiene una traducción particular: ser tales es no ser mujeres. Soy hombre en tanto no soy o minimizo el ser mujer (de acuerdo con los cánones imperantes de cada grupo).

Más adelante se retomará la relación de esta rigidez y maniqueísmo con la homofobia y el temor masculino a lo femenino y el nexo de esta compleja red intersubjetiva con la violencia intrafamiliar. Basta decir, para efectos inmediatos, que ese temor a lo femenino, ancestral, continúa vigente, aunque haya tomado formas menos burdas o dramáticas como la quema de brujas o la satanización de las féminas (por lo menos tal y como se dieron en épocas pasadas, en tanto tales prácticas se siguen dando, con mayor o menor grado de concreción) (véase Rodríguez, 2000; Salas, 2002; Claire, 2002).

A pesar de la apariencia de inalterable que ofrece la situación, la realidad indica que todo sistema o estructura guarda también en sí la posibilidad de su modificación. Desde ese ángulo de visión y como ejemplo irrefutable, los movimientos feministas son una ruptura del esquema milenario, ya que han venido a evidenciar que las cosas como están, primero no son naturales y, segundo,

por lo tanto, son susceptibles de cambio. Con menor peso social, nacidos a su sombra y aunque no todos, los llamados estudios o movimientos masculinistas transitan esa misma trayectoria de cuestionamiento y de modificación.

En una línea similar de argumentación y como una premisa de partida, es necesario preguntarse: *¿qué ha sucedido para que en las distintas sociedades haya habido necesidad de delimitar, muchas veces de manera absolutamente irracional, entre lo masculino y femenino?*

Si bien esta división radical y maniquea, puede ser observada en muchos ámbitos, toma una particular importancia cuando se trata de los géneros. Siguiendo a Naifeh y White (1991), se puede afirmar que la masculinidad es un ritual permanente, no ceñida solo a identificados rituales de pasaje o de iniciación. La masculinidad **no** le es dada a los hombres porque sí y de ahí que se la pueda entender en el doble estadio de ser una condición y un proceso.

**Es** una condición que requiere ser afirmada y reafirmada de manera constante. La sola presencia de pene y testículos no da garantía de que ese ser porte masculinidad. Desde esa perspectiva, no es casual que buena parte del esquema freudiano se haya establecido sobre la base del temor a la castración por parte de los varones, que, por demás, nos coloca de frente a la cuestión del falo, como elemento nucleante del ser masculino y de la sociedad patriarcal en general. Perder el falo es una de las grandes congojas que acompaña al hombre, ya en lo individual, ya en lo colectivo.

Lo más importante de todo esto es que la castración sería ejecutada por otro hombre: el padre. Así, el padre se convierte en la representación de los otros, los que en el análisis de Kimmel (1994) se convierten en los jueces y los verdugos de la masculinidad. Esta se muestra, se evalúa o se destruye de frente a otros hombres. Los hombres tratan de mostrar su masculinidad ante la mirada de otros hombres y ese ritual permanente se ejecuta ante

el escrutinio de esos otros. Tal proceso se nos muestra de manera visible desde su más temprana infancia. El peso y determinación de la presencia del falo es también trabajada de manera profunda por Monick (1987).

Por ello, la masculinidad se presenta como una estructura frágil, endeble, quebradiza, que requiere de muchos cuidados para que no se rompa y sobre la que se debe establecer una constante vigilancia. Para lograr tal cometido, los hombres tienen que valerse de variados artificios, como mecanismos que aseguren la supervivencia y la primacía de aquella.

Cuando, previamente, se hizo referencia a la complementariedad de los géneros, tal característica puede ser entendida también por la ruta que indica que la masculinidad no está solo en los hombres, sino que también atraviesa la subjetividad y la vida de las mujeres. Esto puede entenderse, al menos en dos sentidos.

En primer lugar, porque en ellas se reproducen y se establecen los mandatos típicos de la masculinidad, tanto para aplicar en ellas como en los hombres. Así, las mujeres esperarán un determinado tipo de hombre (el "hombre que llevan por dentro"), además de que procurarán que se desarrolle cierta imagen de hombre ("¡Los prefiero perritos que playitos!", es la frase que, siendo niño, un hombre escuchó de su abuela, la cual se convirtió casi en mandato). Es el ánimus en las mujeres, en la tradición jungiana.

En segundo lugar, como escenario alternativo, podría aspirarse a que las mujeres asuman la masculinidad, no necesariamente en su versión dominante o hegemónica. Ello podría darse por cuanto su socialización es diferente y la forma como la asuma y el discurso que adopte pueda ser otro. Pareciera que este asunto requeriría de una mayor profundización, ya que no les es tan necesario el control y el dominio típicos de la masculinidad. Quizá sobre señalar que estas son apreciaciones de orden general y que adquieren ribetes particulares en mujeres concretas.

## **La mentira y la homofobia en el proceso de hacerse hombre**

Parte de los artificios o mecanismos mencionados en el apartado anterior, lo constituyen dos que se asumen no como únicos, pero sí fundamentales dado el peso que tienen en la subjetividad y en la vida cotidiana de los hombres y que tienen serias implicaciones en la construcción de la violencia en muchos de ellos.

El primero lo constituye la necesidad de recurrir en forma constante a la mentira, cuyo desarrollo en extenso puede encontrarse en otro trabajo del autor (Salas, 1996). Si se parte de la base de que el hombre tiene que ser competitivo, fuerte, osado, valiente, el que toma las decisiones, bueno y seguro en el sexo, exitoso, para así ser considerado masculino, es evidente que muchas de esas características estereotipadas no podrán ser asumidas por muchos de ellos o, por lo menos, no todas de “manera competente”.

¿Cómo preservar su masculinidad? Mintiendo y mintiéndose. Al hombre le será necesario creer que está en capacidad de responder exitosamente a mucho de lo que le está prescrito. Ello es necesario para mantener incólume su autopercepción como hombre en este conglomerado social.

Como se apuntó, muchas de estas mentiras se inculcan incluso antes de que ellos nazcan y una breve revisión a la vida cotidiana dará cuenta de ello. Así, por ejemplo, es común escuchar decirle a la mujer embarazada que ojalá y la criatura sea mujer “¡Para que te dé fin!”, en la medida en que los varones, “al ser de la calle”, no garantizan su permanencia y cercanía del núcleo familiar. Tanto es así que, en efecto, aun hoy es fácil encontrar mujeres que presentan el “Síndrome como agua para chocolate” (en alusión a la novela mexicana), en la que Tita, la personaje principal, está destinada a acompañar a su madre hasta que ésta muera.

También se pueden encontrar hombres con una enorme dificultad de vincularse o, al menos, expresarse afectivamente (“¿Para qué?, ¡si soy de la calle!”), sería el contenido de su decir). En la experiencia clínica es frecuente la consulta de hombres que sostienen múltiples relaciones de pareja simultáneamente, y ante las cuales se sienten atrapados, no saben qué hacer y necesitan una salida rápida de ellas. Es común, en estos hombres, oírles decir que no pueden tener amigas, *¡que los hombres no tienen amigas!*. No es necesario hacer mucho esfuerzo para detectar la necesidad que subyace en estos casos de adoptar engaños, implantados socialmente.

Unido con lo anterior, una de las áreas en que la mentira más actúa, incluso de manera dramática, es la sexual. Ya desde niño y adolescente, el hombre tiene que mentir en muchas ocasiones en su grupo de iguales o ante sus mayores, es decir, ante otros hombres, acerca de sus hazañas o conquistas sexuales. Lo mismo puede verse cuando se relaciona con las mujeres, ante quienes deberá aparecer como experimentado o sabedor en materia de sexualidad. Ello tendrá que ser así en virtud de la ignorancia que la mujer deberá mostrar ante los varones (lo que nos permite ver con claridad cómo actúa la complementariedad de la socialización de género, reseñada en páginas anteriores: las mujeres no saben de sexualidad o así deben aparentarlo).

La misma tendencia es encontrada en hombres adultos, para quienes es altamente amenazante no estar dentro de los estándares de calidad sexual que les son prescritos. Tanto es así que muchas veces la mentira no actúa para describir la cantidad de mujeres conquistadas sino para reportar la cantidad de coitos logrados. Parte de la mentira inculca que los hombres deben o pueden vincularse sexualmente sin que medien lazos afectivos. Reales o no, es frecuente escucharles hablar de experiencias sexuales en las que no median compromisos afectivos.

De hecho, como bien lo ha estudiado Gindin (1991), al hombre le es atribuido el saber sobre la sexualidad por el solo hecho de ser hombre. Así, los varones saben de sexo, son los que tienen que llevar la iniciativa, deben garantizar la complacencia de su compañera y deben estar siempre en posición de combate en lo sexual. En esta área también deben ser competitivos y competentes. Por ello, es tan importante la colección de medallas de guerra, que representan a cada mujer o coito logrado (es oportuno asociar esto con la imposibilidad de tener amigas que algunos hombres describen).

Por lo argumentado, aunque se diga lo contrario, se sostiene que esta manera de vivir la sexualidad por parte de los varones dista mucho de ser erótica. Así, de entrada, esta sexualidad no parece nada placentera ni gratificante, pues se ha convertido en un campo de batalla en el que hay que demostrar dotes y no asumirse como un sujeto dador y receptor de bienestar y placer. El juego se ha trastocado en competencia. El problema está cuando, entonces, "se falla". Así las cosas, bajo esta enorme presión, la posibilidad de no responder como se debe es un peligro inminente: la disfunción eréctil (o su par, la eyaculación temprana) como síntoma y como amenaza es una realidad en los hombres, como presencia tangible o como fantasma. No es casual la permanente consulta de hombres en los servicios especializados acerca de sus síntomas, justo en las dos disfunciones mencionadas.

No hace muchos años, se escuchaba en radioemisoras costarricenses los comerciales de una clínica especializada en problemas de salud en los hombres, que se basaban en la oferta del tratamiento de la "impotencia", la falta de deseo, la eyaculación precoz, y otros más. Desde este marco de referencia, las necesidades de salud en los hombres son sexuales y éstas se sobreentienden como dificultades en la erección y la penetración. Por lo tanto, atender su salud implicaría para los hombres atender su sexualidad. Esto no deja de ser cierto y necesario; el problema radica en la calificación absoluta de tal relación.



Dado este panorama, es fácil deducir, por lo tanto, las dificultades que tendrían los hombres de asumir su sexualidad de una manera diferente, más fluida, tranquila y como fuente de placer y no como foco de preocupación, tensión y malestar.

Todo lo anterior se puede sintetizar en una frase común que se encuentra en las conversaciones entre hombres o entre hombres y mujeres, generalmente aderezadas por bromas o la chota. Ante algo que lo propicie, la pregunta o afirmación es acerca de si él, como hombre, “¿Le está cumpliendo a la señora?”. En otros términos, complacer es cumplir, disfrutar es deber, sexualidad es mandato. Así, es imperativo reiterar, la sexualidad masculina está distante de ser erótica, por lo menos en una acepción más auténtica de ésta (en otros trabajos, se ha ampliado al respecto: Salas, 1996; Campos y Salas, 2002d).

Es frecuente escuchar la aseveración de que muchas de las conversaciones de los varones son sobre cuestiones de sexo. Es probable que ello sea así, literalmente, pues los varones por lo general hablan de sexo, mas no de sexualidad. En otros términos, cuando se trata de asumir la parte relacional, vincular y afectiva de la relación íntima, es difícil que los varones sostengan o continúen con la charla. Por lo general, hay mucho “recato” para referirse a ese tipo de asuntos, aun cuando simultáneamente se estén o hayan “contado chistes pasados”. Si bien mucho de esto puede atribuirse a un manejo privado de la temática, en muchas ocasiones la sensación es de verse “expuestos” ante los otros y, por lo tanto, el riesgo de ser evaluado (una manera, a veces utilizada para contrarrestar esto, es acudir a la ostentación en materia de sexualidad).

Así, insistiendo, la sexualidad masculina más que erótica es mecanizada, genitalizada, disociada de sus componentes afectivos. Incluso, para muchos, acceder a esa dimensión de la sexualidad es contrario a su condición de hombres. En relación con este aspecto, es interesante la explicación que algunos hombres dan del por

qué acuden a la prostituta: argumentan, entre otras cosas, que así no se pierde el tiempo, que la “cosa es rápida” y “se Tal visión de la sexualidad es, no obstante, también alentada por la literatura especializada. Es común leer en libros o manuales sobre una “buena vida sexual” que existen los llamados preliminares para un buen coito. Ergo, lo más importante es el coito, lo otro son accesorios que se proponen para lograr que aquel sea óptimo. Tal disposición si bien, en efecto, puede conducir a momentos de gran placer, esconde una trampa: ¡lo importante es lo importante y de ahí que si se le puede llegar sin mucho rodeo, mejor! Como corolario, muchas quejas de las mujeres en torno a este particular es que los varones son toscos, “poco románticos” y que una vez lograda su eyaculación, todo acaba. Lo cierto es que, en muchas ocasiones, los hombres no se dan el tiempo y la pausa suficiente para una mutua complacencia en torno a su sexualidad coital.

La lista de situaciones en torno a esta materia es alta. Por ahora, interesa, unirla al otro mecanismo presente en la vida de los varones, muy asociada con la sexualidad y punto importante para los efectos del trabajo con hombres. Aunque es menester aclarar que tal asociación no es exclusiva con el área sexual.

Cuando los hombres requieren mentir para mantener intacta su sexualidad y con ello su masculinidad, lo hacen además para protegerse de otra amenaza quizá más peligrosa: la homofobia. La mayoría de las veces se miente para no dar pie a ser catalogado como “mujercita”, “raro”, “maricón”, “débil” o, directamente, “homosexual”.

Se entenderá aquí la homofobia no solo en su acepción tradicional de miedo y rechazo a ser ubicado como homosexual sino, también, de ser parecido a las mujeres y por ello ser homosexual. A este esquema de funcionamiento le subyace el rechazo de lo femenino, que es entonces asumido como lo secundario, lo subvalorado, lo que debe evitarse a como dé lugar.

En un artículo periodístico acerca de la prostitución masculina, se pudo leer:

*“Ellos, según el estudio, cargan sobre sus espaldas el peso de una cultura patriarcal, que los considera ‘degradados morales’, ‘seres similares a las mujeres’, y por ende reciben el rechazo social”* (Semanao Universidad, 1997, p. 4) (La negrita no es del original).

En otros términos, como ya se planteó, con la supremacía de lo masculino debe asociarse la descalificación de lo femenino para que el esquema sea coherente y no le produzca disonancias cognitivas a los sujetos, lo cual deberá asumirse tanto para los hombres como para las mujeres. No es necesaria mucha búsqueda para encontrar que posiblemente mucho de la violencia intrafamiliar y de género tenga en este mecanismo a una de sus principales bases.

La homofobia, como parte fundamental en todo este proceso, es portada por hombres y mujeres de todas las edades y condiciones. De ahí que sea menester también dar una rápida ojeada a lo que sucede en la cotidianidad, buscando entender cómo se filtra y acciona en las personas.

El miedo a lo homosexual es inducido en el niño pequeño, aun en sus más “neutrales” comportamientos. Es frecuente encontrar en diferentes escenarios (la conversación casual, la consulta clínica, la broma) la terrible inquietud acerca del temor de proporcionar exceso de cariño a los varones, pues ello puede llevarlos a ser “mariquitas” o “mujercitas”. Por lo tanto, la recomendación es que con ellos hay que ser rudos, distantes y hasta agresivos para que crezcan como verdaderos hombrecitos. En la experiencia clínica con un hombre de mediana edad, mencionada líneas atrás, la frase de su abuela: “¡Los prefiero perritos que playitos!”, el motivo de consulta era su dificultad para consolidar relaciones de pareja. Dicha frase fue objeto de un extenso trabajo terapéutico,

en tanto la afirmación que le subyacía actuaba en este hombre a manera de mandato, del cual no había tomado mayor conciencia, que lo llevaba a repetidas actuaciones que obstaculizaban consolidar relaciones de pareja más estables y adecuadas. Tales razonamientos y comportamientos es frecuente encontrarlos tanto en hombres como en mujeres, de diferentes edades y condiciones.

En una investigación previa (Salas, 1996), se incluyen reportes, en el trabajo con grupos focales, que dan cuenta de esta misma percepción por parte de hombres en forma dramática y directa:

*“Uno de los participantes (de los de mayor edad), comentó que luego de la primera sesión de trabajo conversó con su esposa al respecto. Le comentó que si ellos hubieran tenido niñas (tienen tres hijos varones) probablemente le hubiera sido mucho más fácil relacionarse afectivamente con ellas.*

*Los comentarios generados fueron en la misma línea. Expresaban que los padres ‘abandonan afectivamente’ a los hijos varones, concluyendo que muchas veces motivados por el miedo al ‘maricón’. Es decir, con las niñas no hay problema (peligro?) de acercarse verbal y físicamente” (p. 39).*

También en la práctica clínica, es escuchada de manera constante la pena de muchos hombres, ya adultos, acerca de no haber recibido muestras de cariño por su condición de hombres, incluso de sus propias madres. Generalmente, estos hombres acuden a la consulta por sus enormes dificultades para establecer relaciones afectivas con mujeres (sobre todo con sus esposas o compañeras) y, como es obvio, también con otros varones. En este último caso, el miedo es explícito: no se hace por temor a ser catalogado como homosexual.

La consigna básica en todo esto es, pues, que a los varones no se les puede brindar mucho cariño ya que ello atenta contra su

condición de hombres (o machos!). Otorgar muestras de cariño a los varones puede conllevarlos a ser débiles y sumisos o a propiciar que se “tornen homosexuales”. En ambos casos, la constante es que se ubicarían muy cerca de la forma de ser de las mujeres.

Otro elemento, ya referido en otro trabajo (Salas, 1996), es el de mujeres separadas o divorciadas que requieren de hombres a su lado, pero más como padres de sus hijos que como compañeros. Se trata de mujeres de mediana edad, con solvencia económica, muchas de ellas con alto nivel académico, algunas con historia previa de pareja estable, cuya preocupación es la de tener al lado una figura masculina que le provea “adecuados modelos de identificación” a sus hijos, con el fin de que “no vayan a desviarse en su sexualidad”. Ello se torna aún más evidente cuando esa misma preocupación es menor si se trata de hijas.

Lo anterior, aparte de confundir sexo con género (la función paterna no es llevada a cabo solo por los varones ni la materna solo por las mujeres) conlleva, por implicación lógica, a ignorar la enorme cantidad de núcleos familiares a cargo de mujeres solas, en las que no priva esa preocupación (o por lo menos no de manera evidente) y en las que de hecho no se está frente a fábricas de hombres homosexuales (lo que, de ser así, llevaría por necesidad a otro tipo de discusiones que escapan a los alcances del presente trabajo). Es evidente la ideologización a que estas mujeres son sometidas, en la que se niegan como personas capaces de asumir tareas propias de la socialización de varones, además de la descalificación que hacen de sus necesidades afectivas, en términos de su relación con hombres.

No es difícil encontrar en la situación descrita el alto componente homofóbico que, evidentemente, obstaculiza la vida afectiva de estas mujeres y, a su vez, transmite una serie de mensajes a los niños, en relación con su desarrollo como varones. Si el miedo a la homosexualidad se instala en estas madres, ¿qué y en qué grado corresponde a sus hijos?

Por su parte, en grupos de varones (de diferentes edades), es común encontrarse con la referencia seria o mediante los chistes de sus hazañas sexuales o sus dotes viriles. Es una especie de ritual de ostentación de potencia sexual, en un marco de clara competencia por ver quién es el mejor. Este es un ejemplo en el que la mentira y la homofobia pueden observarse con mayor claridad.

De esta manera, el adolescente aprende que tiene que reportar a sus pares la conquista de la noche anterior, en la que obligatoriamente “algo tuvo que suceder” con su novia o muchacha que conociera en el baile. Tiene que reportar al escrutinio de los otros que ya tiene experiencia sexual y que ya domina las técnicas básicas del cortejo y el coito. Ello es necesario hacerlo, porque de lo contrario caerán sobre él las más mordaces y crueles dudas en torno a su masculinidad. Por ello, ante tal amenaza, muchas veces recurre a mentir en virtud de la necesidad de mantener incólume su postura como hombre “macho”. No es admisible que él, hombre de verdad, no haya tenido ese tipo de experiencias y no sea dueño del saber en esa área.

Lo anterior también sucede con el hombre adulto, lo que al igual que con el adolescente, en reiteradas ocasiones se traduce en una desenfrenada carrera de aportar nuevas marcas a la lista de mujeres que han pasado por su dominio. Ya sea que esas conquistas sean verdaderas o producto de su fantasía, lo cierto es que tal prueba de virilidad debe aportarse para evitar siquiera las más leves sospechas de otra cosa<sup>11</sup> (véase Campos y Salas, 2002d).

Tal forma de vida acompaña a la mayoría de los hombres cual fantasma implacable, lo que, como ya se anotó, hace que con facilidad aparezca la más significativa evidencia que las cosas no son necesariamente así: la disfunción eréctil. Ser “impotente” (término aún no erradicado), es más que solo eso: es dejar de ser hombre, pues lo que está en juego no es la vida sexual, sino toda

---

<sup>11</sup> De manera benevolente se podría decir que si no reporta conquistas quizá no sea menos hombre, pero no lo es más que los otros. Con ello el círculo de presión siempre actúa.

la identidad masculina. Si la sexualidad masculina debe caracterizarse por ser siempre activa, lista y potente, la "impotencia" se erige como la más clara muestra de debilidad o fragilidad de una sexualidad asignada y asumida de esta manera.

Muy en relación con lo anterior, se muestra otro ámbito donde la homofobia campea. Cuando de chistes se trata, muchos de estos aparecen en relación con grupos discriminados socialmente (negros, campesinos, pacientes psiquiátricos, hombres con orientación homosexual, entre otros). No obstante, lo más llamativo de los relacionados con este último grupo, es que, por lo general, se refieren a la parte "afeminada o amanerada" de los varones. La burla, la chota, el escarnio se dirige a lo más despreciado socialmente: en lo que son parecidos a las mujeres en la esfera conductual, en lo amanerados. Se colige de lo anterior que el chiste no es acerca de la condición u orientación homosexual de hombres sino sobre lo amanerado que puedan tener esos hombres; el asunto no está en lo homosexual sino en parecerse a una mujer. Tanto es así que es muy difícil, si no imposible, encontrar chistes referidos a mujeres con orientación homosexual o relaciones lésbicas, en los cuales sería esperable la referencia al estereotipo de lo "hombrunas que son estas mujeres".

La situación descrita alude al temor que produce lo homosexual que, en este caso, es mostrado y conjurado por medio del chiste como mecanismo de control social. En las reuniones donde hay sesiones de chistes, generalmente están a cargo de varones. La dramatización de lo afeminado no es tan bien recibida si proviene de mujeres que si proviene de hombres. Además, usualmente, estos chistes "hacen más gracia" si están a cargo de hombres; si lo hacen las mujeres no es tan claro el efecto o no divierten tanto. La ridiculización no se logra si está a cargo de mujeres.

Se afirmó páginas atrás que la cuestión de los hombres y las mujeres ha sido dividida de manera tajante y maniquea en nuestra sociedad. Uniendo ese concepto con el de la homofobia, se está

en mejor posición de afirmar que esta última actúa de manera más directa en los varones que en las mujeres. "Ser como las mujeres" es mucho más persecutorio para los varones que la situación inversa; en ellos provoca niveles muy altos de tensión y se recurre a muchos artificios para evitar siquiera la insinuación que tal eventualidad pueda ocurrir. La feminidad no requiere estar en permanente exhibición o prueba para mostrarse como existente o presente o, por lo menos, no en la misma proporción que se les exige a los varones lo que a ellos corresponde.

De ahí que, en efecto, la masculinidad sea un ritual permanente que protege de inseguridades y malos entendidos. Ritual que es asumido por los varones y también por las mujeres. El temor de hombres *no hombres* asalta también a muchas mujeres. Ello explica en buena parte el sostenimiento de muchas de sus relaciones con hombres convencionales y "tradicionales", aunque en el discurso se plantee otra aspiración, lo cual es posible observar en mujeres adolescentes y en mujeres adultas.

Retomando los planteamientos anteriores, es posible proponer la noción de que la homofobia y el rechazo de lo femenino son dos caras de la misma moneda. Su acción eficaz se debe a la coexistencia que las alimenta y los conserva. Uno de los ejemplos más claros que en este sentido se puede traer a colación, es el observar, aun en niños pequeños, la reacción que se produce cuando alguno de ellos es catalogado de "mujercita o niñita". La calidad del pleito que se arma, lo encarnizado de la lucha, el honor en juego, muestran que no existe mayor insulto para el niño que ser comparado con las mujeres. Y es que la comparación provoca estas reacciones porque se hace tomando como punto de referencia uno de los aspectos más desvalorizados socialmente: las mujeres o la condición femenina.

La sensación que se percibe es la de una brasa de la que hay que deshacerse lo más pronto posible. Se sostiene la impresión de que los llamados campamentos de fines de semana del rescate de la



“nueva masculinidad”, promovidos en los Estados Unidos por Robert Bly (1992) y otros (se sugiere revisar el enfoque que al respecto ofrecen Naifeh y White, 1991 y Kimmel, 1994), no son más que una evidencia de esa necesidad de conservar la masculinidad en su acepción más tradicional y machista. La posibilidad de asumirla de una manera diferente no es tolerada y debe ser combatida lo mejor posible. Los comerciales televisivos recientes, de diferentes mercancías, acuden a una imagen masculina del hombre fuerte, de mandíbula ancha, de poco decir, frío y seco en su actuar y autosuficiente, en un intento de retomar la vigente hace algunas décadas, en la que predominan las nociones de dominio y control.<sup>12</sup>

La idea que en todo ello parece dominar es la de desterrar todo acercamiento a la feminidad por parte de los varones. Como se ha intentado mostrar, ello ocurre en la cotidianidad de la intimidad familiar, en el grupo de amigos o en los medios de comunicación.

Con lo planteado hasta aquí, se desprende el papel clave que ocupan la homofobia, la mentira y la sexualidad en este trabajo, dado que muchos de los temores masculinos ancestrales, que subyacen en la violencia intrafamiliar, encuentran en aquellas adecuados vehículos de transmisión, manifestación y perpetuación.

Por ello, es imprescindible acotar que su permanente y sólida presencia en la vida cotidiana de los varones, no puede entenderse sino como un aspecto profundamente arraigado en la psique individual y colectiva. Tiene que formar parte del trasfondo histórico de la especie y de sus pueblos, que ha logrado instalarse producto de procesos lentos y cotidianos, engarzados en los espacios más íntimos de las subjetividades.

El rechazo a lo femenino y a las mujeres es ancestral. En muchas y variadas culturas, se le puede ver en muchos órdenes de la vida

---

<sup>12</sup> No sin reconocer la “desmasculinización” que también se observa en muchos de los modelos que aparecen en estos materiales.

social. Uno de ellos, si bien no exclusivo pero sí de los más importantes, lo es la religión, sobre todo en lo referente al cómo se han construido y desarrollado las deidades y sus vicisitudes, como fiel reflejo de los arreglos sociales de esos grupos socioculturales. Buena parte de la historia de Oriente y su impacto en Occidente, se le puede asociar con el destierro de lo femenino desde las divinidades mismas.<sup>13</sup>

Luego de miles de años de adoración a deidades femeninas, cuyas principales funciones eran la regeneración de la vida y la disposición de normas, fueron lenta pero sistemáticamente desplazadas de las posiciones principales. Con tal fin se recurrió a diferentes mecanismos por parte del poder político, religioso y económico que, una vez instalado el patriarcado, estaba en manos de los hombres. Uno de esos mecanismos, de los más utilizados, era convertir a las diosas-mujeres, y con ello a la feminidad, en seres demonizados, asociados con las tinieblas del mal. El problema es que, junto con ello, también se les atribuía el ser poderosas; no solo estuvieron en posiciones de poder, como diosas y en la vida cotidiana, sino que también algo de ello conservaban (saberes antiguos, en muchos aspectos de la vida de las personas y de los pueblos), una vez que fueron desubicadas de aquellos lugares de privilegio. Por ello, había que neutralizarlas o, del todo, hacerlas desaparecer de tales lugares. Se teme al poder femenino: crea vida, sabe de curaciones, actúan como casamenteras, cría a los hijos (varones), aconseja a los varones, conocen los secretos del amor. Tanto fue esto que, incluso su poder y capacidad generativa de la vida, le fue despojado para ser tareas y capacidades de un dios masculino en diferentes cosmogonías. Así, en la tradición judeo cristiana se tiene un dios todopoderoso, dador y generador de vida, el que traslada esa capacidad al primer hombre: Eva fue parida por Adán.

---

<sup>13</sup> Las ideas aquí vertidas son tomadas, en su mayoría, de Rodríguez (2000), discutidas y ampliadas también en otro trabajo (Salas, 2002).

Estos relatos, registrados en la historia y la mitología, cobran vida y se actualizan diariamente en nuestras relaciones interpersonales. Es llamativo el hecho de que, en múltiples ocasiones, las imágenes que se trasiegan en esos intercambios cotidianos conservan mucho de sus orígenes, incluyendo el mismo uso del lenguaje.<sup>14</sup> Se dan en los vínculos de todo tipo; no obstante, de manera particular nos interesan las de tipo primario, que se constituyen en terreno fértil para que por medio del chiste, la canción, los refranes, la historia oral y otras expresiones del conocimiento popular, aquellas imágenes primigenias se arraiguen y actúen en nuestras vidas.

No puede dejarse de lado la increíble y no siempre reconocida presencia de violencia contra las mujeres cuando están embarazadas. Se comparte la idea de que se trata de la vieja envidia masculina de no poseer la capacidad de dar vida, atribución asignada a la divinidad. Lo cierto es que la criatura todopoderosa de la creación, que nombra y domina a los demás seres, no puede crear o dar vida. Es, en forma evidente, una insostenible paradoja, que tiene que ser visualizada en los pliegues subjetivos de la historia de la humanidad, que se trasluce en la vida concreta y particular de cada persona.<sup>15</sup>

Hilando con las ideas anteriores, se puede decir que para los hombres, como género y como seres particulares, ya no es tan sólida la posición de pretender ocupar el lugar de la regeneración de la vida. Ya ha aceptado que, como macho de la especie, está fuera de su radio de acción esa capacidad final. Pero, ante ello, sí ha pretendido controlar la principal actividad asociada: la sexualidad.

---

<sup>14</sup> Ya sea en conversaciones informales o en grupos de reflexión de hombres, es común la imagen de la mujer como serpiente: la "vibora", la "de la lengua viperina", la "anabel" (mezcla de anaconda con cascabel) y así muchas más.

<sup>15</sup> Aunque sea temática para otro trabajo, la impresión es que esto mismo está detrás de la demanda a las mujeres de que tienen que ser madres para alcanzar el estadio de seres completos. Es como la otra cara de la moneda; de hecho, es una demanda que puede llegar a grados importantes de violencia. Demás está decir que aquí también se ponen en juego mecanismos inconscientes, transmitidos y recreados de generación en generación.

El control de la sexualidad femenina, por mediación de diversas instituciones sociales, ha sido una constante de la historia, con variantes de un grupo cultural a otro, pero conservando un elemento común de poder de ellos y sumisión de ellas. Esto forma parte de la explicación del por qué los hombres, por ser tales, en la vivencia cotidiana actual, saben de sexualidad y sexo, mientras que las mujeres no saben y deben ser instruidas en tales menesteres. Por esa razón, el no saber de sexo no es propio de los hombres; ante otros hombres y ante las mujeres “debe” mostrarse como sabedor y como quien debe enseñar a quienes son ignorantes. Es obvio que se está en presencia de un código de silencio ancestral y venerado: los seres humanos actúan “como si” unos fueran los sabios y otras las aprendices.

En una reciente investigación (Salas y Campos, 2004), tales ideas fueron nuevamente encontradas, esta vez abordando la relación entre masculinidad, sexualidad masculina y explotación sexual comercial, aunque con una importante variante: ellos les enseñan a las más jóvenes o a sus compañeras, después de haber sido instruidas por otras mujeres (mayores o bien prostitutas).

Podrían exponerse otras muestras más que ilustren lo anterior, si bien las incluidas son suficientes. Lo que interesa es dejar claro un elemento básico del patriarcado que consiste en la disminución social de las mujeres, en diferentes ámbitos y niveles. Parte de ello implica una suerte de exorcismo de lo femenino en la vida cotidiana, como artificio para conjurar el peligro que aquel representa.

Deberá entenderse que, obviamente, todo este intrincado juego subjetivo e intersubjetivo no puede verse fuera de un sistema que entiende y distribuye el poder de cierta manera. Es decir, no es lo subjetivo solo y porque sí lo que viene a explicar las relaciones establecidas entre hombres y mujeres y entre cada grupo a lo interno de su propia dinámica. Este complejo mecanismo deberá comprenderse en un contexto social y político, el cual, a su vez, tiene que ser ubicado históricamente. No está alejada de esta tesis,

la de interpretar que este juego de las subjetividades es una manera de vehicular el poder, en un principio femenino y que luego pasó a manos de los varones con la instauración del patriarcado.

### **La negación y el rechazo de lo femenino**

Como corolario de lo analizado en los apartados anteriores, se puede decir que la masculinidad se construye sobre la negación de la feminidad, como proceso y como estereotipo. La existencia masculina se asienta en el no ser femenino, no ser mujer; es decir, existe por negación, donde la vida o criterios propios juegan un papel secundario. Así, la masculinidad se debate en un constante combate de ser no siendo, en un perenne ritual que por atenderlo hace que los varones no puedan hacerse cargo de otros aspectos que bien podrían asumir y para los que tienen, como seres humanos, toda la potencialidad de vivir y desarrollar.

De este rechazo a lo femenino es, pues, sencillo actuar o justificar cualquier mecanismo que garantice tal separación. Pasar del enojo infantil, por ser asimilado a una mujer, a la violencia contra las mujeres en otras edades, es un asunto de grado en el orden cualitativo. Los niveles de rechazo y agresión están presentes en ambas situaciones. El caldo de cultivo para la misoginia se cuece desde la más tierna infancia, de una manera "inocente" y, por ello, brutal y despiadada.

Así, a los hombres les es difícil expresar ciertos afectos, sensibles a ciertas manifestaciones humanas, lo que les lleva, por ejemplo, a que eviten ofrecer o recibir ternura (Restrepo, 1994). Tales consideraciones son cosas de mujeres, lo que lleva a la imagen y vivencia inmediata de asociar lo afectivo con lo débil, en virtud de que así es la feminidad. Lo más lamentable de esto es que se asume como connatural del ser hombre y, por supuesto, su

contrario en el ser femenino. De esta forma, patear el vientre materno es cosa de hombres; ser inquieto y agresivo es cosa de hombres; manchar la cara de la madre en su embarazo es cosa de hombres; abandonar con facilidad a la familia es cosa de hombres. Pasar de aquí a ser violento, es cosa de hombres; mandato del que parece difícil sacudirse.

Evidentemente, idea que es imprescindible reiterar, para sostener muchas de esas imágenes los hombres requieren mentir; además de que necesitan creer sus mentiras para no entrar en disonancia cognitiva y en ambivalencia afectiva. Muchas de ellas son sostenidas y fomentadas por padres y madres, la escuela, los medios de comunicación y, al ser repartidas para unos y para otras, su cuestionamiento o modificación parece tarea harto compleja y dolorosa, ya que su campo de acción son las rendijas que se abren en la cotidianidad, invisible pero presente. Se miente tanto que se le cree.

Pasar de defenderse, ante el hecho de ser o parecerse a la mujer, a ser violento con ella para aplacar lo amenazante que es, lleva, por supuesto, a una mayor rigidez e intolerancia frente a ella o sus cosas. De ahí que sea factible plantearse la hipótesis de que entre mayor rigidez y temor en los hombres es más probable que se presente violencia, lo que, a su vez, lleva a la fórmula de que detrás de ésta subyace una insoportable inseguridad. Esa inseguridad debe ser conjurada a través de los medios que sean necesarios.

En relación con ello, es necesario estudiar más a fondo cómo actúan la misoginia, la intolerancia y la homofobia en el fenómeno de la violencia intrafamiliar, como expresión particular de la desplegada contra las mujeres, dentro del contexto de violencia global que atraviesa la vida cotidiana de hombres y mujeres en nuestro marco sociocultural. Solo así podría explicarse la existencia de episodios donde la saña y el odio parecen ser la única explicación de lo que está sucediendo, siendo aún más difícil de comprender donde hay referencia a una historia (pasada o actual) de

amor, de solidaridad y de compañía. Lo cierto es que, además, habiendo hijos/as, producto de la relación, quienes han sido objeto de cuidados, protección y ternura, muchos hombres pueden desechar todo ello al momento de establecer una ruptura o pseudo ruptura con su pareja. El abandono de hijos e hijas queridos, al romperse la relación de pareja, es algo complicado de entender, en tanto tal acción connota una alta dosis de violencia para las criaturas, para la compañera y para el hombre mismo. Sí está claro que, junto con lo anterior, actúa el mecanismo de la disociación afectiva, que impide a muchos hombres tolerar las pérdidas, las frustraciones y, sobre todo, el dolor consecuente. La creciente realidad de hombres que matan a sus compañeras y luego se suicidan, podría tener como base de explicación esta incapacidad de muchos varones para procesar separaciones y elaborar el duelo correspondiente. Es común escuchar en algunos de estos hombres la expresión de que *"¡Yo soy todo o nada!"* y con esa tesitura literalmente no dejan nada.

La dinámica de la violencia ejercida por los hombres debe entenderse en un contexto en el que aquella es desplegada contra otros más débiles o así considerados. Se hace énfasis en la que se ejercita contra las mujeres; no obstante, debe entenderse como un asunto que se proyecta a otros sujetos sociales (otros hombres, niños, ancianos e, incluso, la naturaleza<sup>16</sup>).

Sin entrar en contradicción con lo anterior, conviene acudir a la idea de que la mayor parte de las víctimas son mujeres y otros sujetos sociales colocados más bien en el lugar de infravalorados. No sabemos si débiles, porque en muchos casos, precisamente por percibirlos como fuertes o que se están fortaleciendo, es por lo que se les violenta. Es lo que ha sido descrito como el temor que ofrece a muchos hombres ver el empoderamiento que muchas

---

<sup>16</sup> La cual, si no se le asume como débil, sí se la enfrenta como enemiga a la que hay que dominar y poseer. Podrá observarse que, en muchas ocasiones, para explicar situaciones de desastre, a raíz de eventos naturales, se habla de la naturaleza como la "enemiga que ataca o se ensaña" con la humanidad.

mujeres logran para sí y otros cercanos. Si se hace una breve exploración de muchos de los casos que son reportados de violencia contra las mujeres, veremos que el inicio de una actividad laboral, el inicio o reinicio de estudios o la apropiación de actividades personales de bienestar o placer, son el detonante para que los respectivos compañeros sientan una enorme amenaza, la cual es convertida en miedo, este es transformado en enojo, de este se pasa a la ira y de esta a la violencia es solo un paso. Es la descripción de una ruta crítica de muchos hombres hacia la violencia contra sus compañeras, que es más frecuente de lo que pensamos. De ello nos enteramos por medio de la prensa o en la experiencia cotidiana que tenemos con cientos de hombres que consultan y asisten a los servicios que se les ofrece.<sup>17</sup>

Buena parte de la discusión teórica que se propone en este capítulo es en torno a la relación con las mujeres. Sin embargo, debe explicitarse que ella da también un marco adecuado para acceder a la que tiene que ver con las otras personas o instancias señaladas. Es dable pensar que, en estas condiciones, puede darse con facilidad el aprendizaje y el reforzamiento de lo violento como lo "masculino".

Esos grados de violencia que se observan día con día en la prensa, en donde, por lo general, las principales víctimas son las mujeres, deben tener raíces muy profundas en cada persona, para que desde mandatos sociales sienta la necesidad de actuar de esa manera. Parece darse un feroz ataque a lo odiado, lo temido y lo querido. En relación con esto, ya fueron elaborados algunos comentarios en la discusión que se hizo acerca de la homofobia y el temor a las féminas.

En el texto ya mencionado, Kimmel (1994) postula a lo masculino como el escape o la fuga de lo femenino, acudiendo a un interesante acercamiento desde una postura psicoanalítica.

---

<sup>17</sup> Esta es la experiencia sostenida por varios años en el Instituto WEM.



Plantea este autor que, dentro de la resolución del Complejo de Edipo, al identificarse con su padre, el niño adquiere simultáneamente la condición de hombre (se “generiza”) y la de ser heterosexual. Así, la condición genérica está asociada directamente con la sexualidad. De ahí, que es muy probable que asimile una sexualidad como la diseñada para su padre, como éste la asuma o, al menos, como piensa que debería ser: es muy probable que estemos frente a una sexualidad masculina predatoria, posesiva y de control, rígida y mecanizada.

No obstante, en el niño persiste un temor: el de no haberse separado por completo de su madre, pues si ello es así sería un fraude como hombre, *un niño de mami*, un afeminado. Para este autor, esto explica la frecuencia con que los niños rechazan muchas veces los mimos maternos, de manera abierta y directa a partir de cierta edad en la que la mirada de los otros empieza a tener mayor peso. Estos mimos vendrían a representar una especie de humillación y el poder de la madre puede hacerlo dependiente o recordarle esa dependencia. El demostrar que ello no es así se convierte en una hazaña en la psique de ese niño.

Tal proceso tiene varias consecuencias para el hombre:

- Al apartar a la madre, elimina con ello los rasgos de nutriente afectiva, de la ternura y los aparta de sí.
- En consecuencia, esos rasgos deben ser reprimidos de sí mismo pues, de lo contrario, sería una muestra de una separación incompleta de la madre.
- Para lograr lo anterior, es necesario devaluar lo femenino.

Badinter (1993) y Kimmel (1997) postulan los llamados encargos básicos de la masculinidad, los que, en forma sintetizada, dicen que el hombre, desde muy niño, debe garantizar que no es hijo de mami, no es mujer y no es homosexual. Buena parte de la vida

de los hombres deberá dedicarse a cumplir con los alcances de tales mandatos.

Como comentario especial y desde la perspectiva anterior, se sustenta la tesis de que, con Freud y algunos desarrollos posteriores del psicoanálisis, se tienen algunos elementos que pueden ayudar a entender los orígenes del sexismo, entendido como la devaluación sistemática de las mujeres, proceso permanente en la socialización de los hombres.

*“¿Cuándo finaliza? Nunca. Admitir debilidad o flaqueza es ser visto como ‘un pájaro’, ‘un afeminado’, no un hombre verdadero” (Kimmel, 1994, p.128).*

Para tornar la cuestión aún más compleja, los mensajes que el niño recibe acerca de la imagen y de la relación que él debe establecer con las mujeres son contradictorios. Por un lado, “*¡A la mujer no se le debe tocar ni con el pétalo de una rosa!*”, pues hacerlo no es propio de ser hombre; mientras, por otro, se les debe rechazar y apartar pues son lo devaluado y lo inferior socialmente, además de lo temido. Cómo resuelve el niño este tipo de dilemas es probablemente parte de lo que explica la manera contradictoria, irracional y violenta con que muchos hombres se relacionan con las mujeres, incluyendo la violencia física directa (este punto será retomado en páginas posteriores). Es decir, el peso de los mensajes referidos al respeto y la protección de las mujeres es contrarrestado por el de la dominación y el control.

Como parte del esquema general, por lo menos en nuestra sociedad, cabe preguntarse: ¿Qué ha hecho que el ser social masculino esté asociado con las figuras de dominación, de dueño del poder, de violencia... mientras que al ser social femenino se le adscribe precisamente todo lo contrario? Parte de la respuesta se ha intentado ensayar en las páginas anteriores.

Una explicación adicional a la que se recurre con frecuencia es aquella que, como ya se mostró, busca los factores de tipo biológico/genético. Así, la vieja noción de que la criatura por nacer "*Si patea mucho, no deja dormir, es muy inquieto e incómoda mucho a la madre..., ¿de fijo será hombre!*", es una transposición en el pensamiento popular de ese tipo de explicaciones. Es una naturalización de una construcción sociohistórica.

¿A qué se deben ese tipo de aproximaciones?

A que en ese esquema de pensamiento, los hombres son así: fogosos y violentos, en mucho mayor grado que las niñas, obedeciendo a codificaciones genéticas heredadas. Estas explicaciones, sin embargo, no son patrimonio del imaginario popular; pues son abundantes en el pensamiento científico, que colman muchos estantes en nuestras bibliotecas. Lo curioso es que ello se observa no solo para la temática que aquí se desarrolla sino también para otras: orígenes genéticos del alcoholismo, orígenes genéticos de la esquizofrenia, orígenes genéticos de la homosexualidad y una lista interminable de otros asuntos más. Otro de los argumentos basados en esa línea de pensamiento, de particular importancia para los efectos del tema de la violencia intrafamiliar, lo constituyen las explicaciones basadas en la mayor o menor presencia de testosterona en sangre. De esa forma, la cuestión de la violencia en los hombres se soluciona por la vía del control hormonal, lo cual, según se entiende, sería una sobresimplificación de una situación compleja y multicausal, sin entrar en el punto de que, así, el foco de atención es el sujeto individual, escamoteándose la pesquisa de lo que sucede con el todo social.

A este respecto conviene repasar la valiosa revisión crítica que Claire (2002) hace de las posturas biologists en materia de género y de la violencia masculina en forma particular. Su trabajo, sólidamente sustentado en experiencia clínica psiquiátrica en Irlanda y en el Reino Unido y en una vasta revisión de literatura especializada, que abarca los últimos 40 años, es contundente al

respecto. De manera breve, puede acotarse que este autor sostiene que achacar la violencia masculina a la mayor presencia de testosterona en sangre es simplificar procesos complejos y de múltiples explicaciones, que permiten hasta el escamoteo de los factores políticos e ideológicos en juego. No obstante lo anterior, afirma que la violencia es materia básicamente masculina. En sus propias palabras:

*“Pero si bien estos estudios están en boca de todos aquellos que creen que afianzan el argumento a favor de que la agresividad tiene una base biológica, los resultados son contradictorios y poco convincentes... Los resultados, publicados en multitud de artículos de destacadas revistas médicas y biológicas, fueron decepcionantes”* (pp. 28 y 29).

Y luego concluye, en una alusión más particular a la violencia sexual:

*“Lo que sí sabemos es que la gran mayoría de los hombres que agreden y acosan sexualmente a las mujeres y los niños no manifiestan anomalías, sistemáticas, fidedignas y significativas de los niveles y secreción de testosterona. Algo más están en juego además de la secreción de testosterona”* (p. 33).

No es de extrañar, pues, que aspectos tan lábiles y de amplias discusiones como la cuestión de los géneros haya sido presa fácil de ese tipo de concepciones, con las cuales las perspectivas se reducen, llegando la situación a una total inmovilidad. En este trabajo se comparte una posición diferente; se parte, noción ya planteada, de que ese ser social está asociado con expectativas y características que la misma conformación sociocultural ha determinado. De esta manera, hay una complementariedad social dada: el hombre, por ser hombre, puede (y debe!) agredir; la mujer, por ser mujer, debe recibir esa agresión (y para ello son preparadas). Esto último es declarado de manera dramática por

Batres (1999), cuando al referirse a la violencia contra las mujeres, discute la cuestión de la masculinidad y de los hombres que requiere de su complemento: las *"víctimas agradecidas"*.

Esta violencia masculina, para que pueda ser incorporada por hombres y por mujeres sin protestar, no necesariamente debe ser cotejada con matices negativos. De hecho, al ser considerada como una virtud necesaria de su ser, permea y moldea muchos de sus atributos y sus características. Debe ser el atrevido y el valiente... en todos los aspectos. Como ya se indicó, tal vez uno de los más representativos de todo esto es el sexual: él debe ser el conquistador, el de la iniciativa, "¡el que se las sabe de todas, todas!", el que debe cumplir con el mandato de satisfacer a su compañera, para citar solo algunos de los mandatos. Se trata, según Moore y Gillette (1993), de una manifestación negativa del arquetipo del "amante".

Y de sí mismo, ¿qué? ¿Qué pasa con toda esa parte que, como todo ser humano, requiere de cuidados y atención pero que por un terror a sentir (que no es de hombres) se priva de experimentar y gozar algo que es propio solo de las mujeres? A esta altura de la discusión es fácil comprender cómo y por qué la homofobia tiene sus escuelas diseminadas de manera muy amplia y diversa.

Además, como es el más fuerte, el más inteligente, el racional, "el hombre de la casa", debe asumir como propias de su masculinidad una serie de tareas que lo hacen encarar obligaciones y funciones de manera aberrante (lo mismo que sucede en la mujer: como la lleva dentro por nueve meses, la parió y puede amamantarla, es la única capacitada y llamada al cuidado de la prole). Así, el hombre es el llamado al sostén y mantenimiento de la familia, a asumirse primordialmente como proveedor de las cuestiones materiales de la familia, obviando así la posibilidad de nutrir y de nutrirse con otros alimentos básicos de la convivencia humana, a no manifestar preocupaciones cuando la situación socioeconómica aprieta, a no manifestar afecto para no aparecer como el débil, como "¡El que no debe aflojar!".

Por ello es que es tan fácil ubicar las características de los hombres como privilegiadamente violentas y, sobre todo, como consustanciales a su ser masculino.

Con todo lo anotado, no se trata, entonces, de negar la realidad histórica y social de la situación de opresión de la mujer. Todo lo contrario, se trata de asumirla en sus reales dimensiones. Porque esa situación descrita del hombre ha llevado a que el poder se manifieste en todos los órdenes de lo privado y de lo público. Tampoco se va a insistir aquí en lugares comunes, desarrollados de manera amplia y precisa por otros textos e investigaciones. En pocas palabras, lo que se ha dado es una posición de poder de dominio, de capacidad decisoria, de ventajas y privilegios en beneficio básicamente del hombre. La historia en esto no engaña.

## Masculinidad e identidad

Todo lo desarrollado hasta el momento, de uno otro modo, lleva al cuestionamiento acerca de la identidad, como categoría general y como la identidad masculina en particular, en tanto integra algunos de los componentes a los que hemos hecho referencia.

Respecto de esta temática ya algo ha sido señalado previamente, sobre todo cuando se discutían los aportes de Lagarde (1990) en torno a la preeminencia de la condición de género o de la posición en una clase social, para los efectos de la constitución de la persona, proceso en el cual ambas instancias son sobredeterminantes.

Esto, por cuanto, de manera breve, se debe señalar que la identidad alude a la pregunta de *quién soy, qué soy*. Por ello, está conformada por una serie de componentes, estrechamente entrelazados: etnia, edad, clase social, color de la piel, credo religioso, género, entre otros muchos que conforman una compleja red de significados personales e interpersonales. Psicológicamente da tranquilidad ante la cuestión de la mismidad, pese a los cambios vitales que la persona va experimentando, tanto en sus condiciones físicas como en las subjetivas e interpersonales. Es aquella característica de cada cual que le permite reconocerse como "yo", sin negar los cambios.<sup>18</sup>

Retomando a Fuller (1997), se puede indicar que la identidad es aquel conjunto de representaciones por medio del cual el sujeto sabe que es él mismo; tiene que ver con la mismidad. Es un nivel que integra lo personal y lo colectivo. Se construye desde los discursos y las representaciones que el sujeto haga, inmerso en un contexto sociocultural determinado.

---

<sup>18</sup> Se trata aquí el nivel individual de la identidad; no se incursiona en otros niveles del proceso, tales como la identidad nacional o supranacional, los que más bien podrían entenderse como conformantes de aquella más personalizada.

Así, la identidad alude a una característica distintiva humana, pues implica la asunción de una conciencia de sí o de “yo”, como estructura subjetiva básica en la que ser persona es la culminación de un complejo proceso, por medio del cual un sujeto biológico, dadas ciertas condiciones sociales, puede emerger a esa calidad de persona (Berger y Luckmann, 1976). El viejo concepto de “emergencia de la persona”, propuesto por George Mead, desde principios del siglo anterior, sigue teniendo plena vigencia, por cuanto el tener conciencia de sí es la muestra más acabada de la conformación subjetiva que caracteriza a los seres humanos. Esta requiere de tener incorporado al otro en mí, lo cual vendría a ser la más clara expresión del desarrollo del pensamiento y de la afectividad. Es la esencia de lo humano.

Por lo tanto, ser o llegar a ser persona más que una cuestión que se dirime en el sujeto individual es un proceso gestado y definido en el colectivo. Ser “yo” requiere de un referente y éste tiene que ser necesariamente colectivo. Así es más fácil comprender que lo social está en el sujeto individual; en éste se condensa aquel, incluyendo todo el bagaje histórico que la humanidad ha venido acumulando desde hace miles de años.

De manera más específica, la identidad de género es el sentimiento de tener incorporado, de manera preponderante, el género femenino o el masculino: ¿cómo me siento, qué soy: hombre o mujer? Ésta, tal como se ha tratado de elaborar en varios apartados anteriores, obedece a todo el sistema de socialización que los diversos grupos humanos han diseñado para la incorporación de sus nuevos miembros. Valga reseñar que tal sentimiento se incorpora como aquel dominante, en tanto el uno o el otro no pueden ser visualizados como “químicamente” puros, aun en los casos en que la persona así lo conciba.

Por tal motivo, se sostiene el criterio de que quizá la discusión acerca de cuál es el componente más importante, si la clase social o el género, puede colocarse en un segundo plano, en tanto se



trata de dos condiciones altamente influyentes en la vida y en la psique de las personas. Sí debe acotarse que ambas no se viven por igual en todas las personas y en todos los sectores sociales; no es lo mismo ser un hombre perteneciente a sectores marginales del sistema productivo que ser un hombre empresario o profesional exitoso. En cualquier análisis social, son categorías que no pueden ser soslayadas.

No obstante, esto hay que diferenciarlo ya se trate de mujeres o de hombres. Lo anterior por cuanto en los hombres la identidad tiene una base fundamental en el género. La identidad de género es crucial. Ser y sentirse hombre, ser aceptado y visto como hombre es fundamental. De hecho, buena parte de su energía vital está destinada a marcar su condición de hombre, con las menores dudas que le sea posible. En las mujeres, el preguntarse acerca de la condición de mujer o de la firmeza de la feminidad no es una cuestión tan prioritaria y su presencia en la cotidianidad no posee las mismas características de perentoriedad. No es que no tenga su incidencia en la vida de las mujeres; las demandas y los encargos que las mujeres reciben de la feminidad dominante son también de mucho peso. Lo que se quiere señalar es que para los hombres “ser hombres y ser así percibidos por otros” es una tarea que les demanda gran parte de su energía vital y ante la cual ponen en juego una gran cantidad de recursos y mecanismos.

En ellos, ostentar o mantener su masculinidad, tanto en la dimensión pública como desde estructuras subjetivas, es una cuestión vital y hay muchas situaciones que deben controlarse para que no haya problemas. De esta forma, si algo pone en entredicho la masculinidad lo hace también a la persona como tal. Un ejemplo extremo lo constituye la disfunción eréctil o la sola insinuación de la posibilidad de que hay algo homosexual en él, con lo cual se puede entrever, a su vez, la importancia de la sexualidad en la estructuración de la masculinidad. También eso se puede observar en otros contextos, también extremos, en los cuales la condición de hombre como proveedor se pone en

entredicho. Para muchos es el acabose, pues la consecuencia no es que algo anda mal como amante o como proveedor sino directamente como hombre.<sup>19</sup>

Para cerrar este apartado, con el riesgo de hacerlo en forma tangencial, es oportuno diferenciar entre identidad de género y orientación sexual. Escapa a los alcances de este trabajo el profundizar la relación entre ambos componentes de la identidad que, en el caso de los varones, toma especial preponderancia. Ello es así de cara precisamente al eje homofóbico que atraviesa la socialización y la subjetividad masculina y de los hombres en concreto.

Solo se afirmará que no son lo mismo y que la definición genérica no tiene por qué estar condicionada por la orientación sexual. Lo cierto es que existen personas con una clara identidad de género y cuya preferencia sexual es por personas de su mismo sexo, sin ambigüedades o dificultades. En la experiencia de trabajos con diferentes tipos de grupos, es notorio que a los varones les es más difícil incorporar esa realidad, lo cual reafirma la necesidad de que, en el momento de realizar acciones con hombres, este aspecto particular sea debidamente aclarado.

En síntesis, debe decirse que el género forma parte de la identidad, como uno de sus componentes más importantes. Además, que este componente, en el caso de los hombres, tiene un peso y una determinación sumamente importantes. Por tales razones, la masculinidad o la identidad masculina puede ser visualizada o asumida como una estructura frágil y endeble que, ante ciertas condiciones o circunstancias, puede fracturarse: ya se han mencionado los ámbitos sexual y laboral como aquellos en los cuales se puede observar tal fragilidad de manera directa y sencilla.

---

<sup>19</sup> Este tema en particular será profundizado más adelante.

## **Consecuencias de la masculinidad así construída**

Sin entrar en contradicción con las tesis que se han venido desarrollando en los apartados anteriores, se parte de que las características, las condiciones y los privilegios asociados con la masculinidad, deben ser revisados desde otras dimensiones y consecuencias, posición que se constituye en parte nodal del presente trabajo. En términos de Rivera Medina (1991), autor puertorriqueño, esta condición no solo le ha acarreado al hombre privilegios y beneficios sino también penurias y altos costos. Ser dueño del poder de dominación, asunto de por sí ampliamente debatido, posicionarse en ciertos lugares y construir una identidad en esas condiciones, tiene sus consecuencias.

### **¿Qué tipo de costos?**

Entre ellos, tal vez uno de los más importantes, es precisamente que al estereotiparse la masculinidad en una serie de características, conlleva que éstas, a su vez, determinen que el hombre solamente pueda ser hombre de cierta manera y no de otra. Obviamente que esto mismo da cuenta de la feminidad y de la condición de la mujer. Al darse esta escisión tajante y absoluta, se niega y cercena a los hombres y a las mujeres las posibilidades, que de hecho tienen, de desplegar muchas otras características o virtudes, simplemente porque no están prescritas para su género. Las consecuencias de tal decreto saltan a la vista.

Tal vez uno de los lugares privilegiados donde se observa esto es en la experiencia clínica, en el trabajo cotidiano con grupos de hombres adultos y, también, en las tareas de investigación. Quizá la posibilidad de mayor intimidad y confidencialidad que los mencionados espacios conceden, permita a los hombres reconocer, experimentar y vivir una serie de situaciones que nunca o en pocas ocasiones se han permitido. Para muchos de ellos, asumir en su totalidad las exigencias que el entorno social espera de ellos es en realidad una pesada carga.

En este sentido, no es casual, como ya se consignó, que “... *y aunque pueda resultar sorprendente, los problemas sexuales masculinos constituyen más del 70% de la consulta sexológica en los centros especializados en todo el mundo*” (Gindin, 1991, p. 19). Esto llama la atención pues tal apertura puede lograrse en tanto la experiencia terapéutica lo permite. Además, como dice este mismo autor, hasta la iniciativa, la preparación, la penetración y la satisfacción de ella están en manos de él. De ahí que una pequeña “falla” en este importante escenario de la sexualidad sea vivida como una verdadera catástrofe por muchos hombres. A pesar de ello, lo real es que consultan y exponen sus situaciones, en el doble sentido de mostrar y de “correr riesgo”.

Lo anterior en tanto tal “defecto” es asumido como cuestionamiento a la masculinidad como un todo; lo que se pone en juego es la condición de hombre en su totalidad, tal y como fue formulado en párrafos atrás. Fallar en el sexo, es fallar como hombre. En efecto, el peso es muy grande, sobre todo si a este espécimen humano se le ha enseñado a no enseñar sus “debilidades”; admitir tales desaciertos no es propio de su condición de macho.<sup>20</sup>

Debe agregarse que, además, el hombre debe asumir la tarea de hacerse responsable por una serie de aspectos asociados con el poder: velar y sostener por la familia, ser el más fuerte, el iniciador y proveedor en lo sexual, tener el control, tomar las decisiones, ser exitoso, demandas que lo llevan a olvidarse de sí o a recordarse a sí mismo sobre todo en aspectos que atentan contra la solidaridad y el bienestar suyo y del prójimo. En el Instituto WEM, son constantes las experiencias relatadas por los hombres que acuden al “*Grupo de los jueves*”, en las que la necesidad de dar respuesta satisfactoria a esas exigencias, en múltiples ocasiones, los hace lucir inadecuados, toscos o imprudentes. Situaciones que van desde la típica puesta en juego de mecanismos violentos para resolver situaciones hasta privarse de ver a

---

<sup>20</sup> En otro trabajo (Campos y Salas, 2002), se amplía con más detalles la situación de los hombres y su sexualidad.

seres queridos –hijos, por ejemplo- simplemente por “no dar el brazo a torcer” frente a ella. La cuestión es aparecer como el que está en control, ordena, dispone o bien no necesita de otros/as (aunque en reiteradas ocasiones, el proceso interno indica otra cosa).

Un ángulo muy relacionado con lo anterior, aunque escapa a los alcances de este trabajo, tiene que ver con la prescripción típica al hombre de asumirse como proveedor, más allá de si en ciertos casos lo asuman como tal o si el asunto se queda en el mero lugar del imaginario. Las actuales condiciones socioeconómicas que sacan y sacarán a muchos hombres de ese rol tradicional, se presentan como un oscuro presagio, entre otras secuelas, de que la violencia intrafamiliar y contra las mujeres aumentará de manera considerable, precisamente como una fuente de afianzamiento en un lugar que el mismo sistema social lo obliga a abandonar. Esto se postula sin perder de vista que también los hombres con una sólida condición socioeconómica son violentos; es un asunto de condiciones que propician más las cosas, no que las causen.

Como hipótesis de trabajo es arriesgada. No obstante, valdría la pena incursionar en un ámbito tan delicado y tan proclive a presentarse, sobre todo en países como el nuestro en que los contingentes de desocupados aumentan de manera alarmante, con lo que se despega a los hombres de muchos de sus roles y lugares más arraigados y conocidos.<sup>21</sup>

Por otro lado, se ha podido cotejar en la experiencia acumulada por varios años (Saénz y Salas, 2000; Salas, 2002), que los hombres, en otras situaciones de “crisis social”, tales como migraciones o condiciones pos desastre, también presentan problemáticas importantes en sus condiciones cotidianas de

---

<sup>21</sup> Merlinsky (2001) ofrece un interesante análisis relacionado con este tema, producto de su investigación en la ciudad de Rosario, Argentina, la cual tiene como característica importante el que la hiciera antes de la debacle socioeconómica y política que sufriera dicho país.

existencia y en sus subjetividades. Es frecuente la atención de hombres con síntomas de depresión, aumento de consumo de alcohol u otras drogas, ideas suicidas o suicidio franco y la mayor consumación de actos violentos en sus núcleos familiares. Lo que arrojan los resultados de tales evaluaciones es que los hombres no toleran o no pueden manejar en forma adecuada esa descolocación de sus posiciones tradicionales a que las situaciones extremas los conducen. Merlinsky (2001) considera que, por lo menos en hombres desocupados, el problema radica en que lo que ellos experimentan es un cuestionamiento de su identidad misma; en otros términos, se pone en entredicho la condición de ser hombre. Esta misma autora considera que en las mujeres, en condiciones socio-económicas similares, las consecuencias no son tan devastadoras. Ya acerca de esto nos referimos cuando hablamos de la cuestión de la identidad; tanto hombres como mujeres en situaciones de desempleo presentan síntomas típicos como la angustia y el estrés; pero en los hombres, además, lo que se juega es el ser hombres: se es algo más que un hombre desempleado, se es menos hombre.

Debe traerse a colación que aquello señalado como lo más típico del ser femenino, de acuerdo con los parámetros de nuestra normativa social, es precisamente lo más rechazado por sujetos pertenecientes a uno u otro género (Álvarez, 1992). Los estereotipos femeninos de debilidad, sumisión, ternura, entre otros, son los rasgos que menos gustan tanto a los niños como a las niñas. No hace falta mucho esfuerzo para imaginarse cómo eso, tan despreciado, sea tan rechazado y ubicado fuera de sí mismos por parte de los varones.

Esto lleva a uno de los lugares más comunes que aparece siempre en la temática: la idea de que en el hombre no hay expresión de afectos. Lo cierto es que esa idea es más un mito que cualquier otra cosa, pues los hombres pueden sentir y expresar una serie de afectos. El problema está en otro lado: son llevados a que expresen con más facilidad ciertos contenidos afectivos, mientras que

otros les son inhibidos. De esta forma, en el primer grupo sobresale la fácil expresión del enojo y otras emociones asociadas; del segundo grupo no se tienen las condiciones para poder expresarlas y, sobre todo, hacerlo sin que se ponga en duda su condición de hombre. En otro trabajo (Salas, 2003), hemos sugerido la imagen de los hombres como de expertos alquimistas afectivos: con mucha facilidad, casi cualquier afecto, lo convierten en enojo. Esto, de por sí, no es mayor problema; el problema está en que, también con facilidad, del enojo pasan a la ira y de esta a la acción violenta. Precisamente, una de las tareas más urgentes por desarrollar con los hombres es la de que puedan identificar esos afectos para estar en mejor posición de manejarlos y no permitir que los lleven a la actuación violenta.

Lo paradójico es que, precisamente, una de las principales quejas de las mujeres es que los hombres son poco expresivos: no hablan, no comunican lo que sienten o piensan y esperan ser entendidos en esas condiciones (características típicas de la masculinidad hegemónica que pueden ser encontradas, incluso, en hombres no violentos). El inconveniente es que, con los mecanismos de “aprendizaje de lo afectivo” descritos, es muy difícil que los hombres, ya de adultos o incluso de adolescentes, puedan expresar y vivir ciertos sentimientos y comportamientos con su compañera, cuando se le inculca el rechazo de estos y, a la vez, le son fomentados los incompatibles. ¡El aprendizaje no puede ser más efectivo!

Además de lo nocivo que es, este juego social produce también otro fenómeno igualmente perjudicial: los mecanismos que moldean al ser masculino, como parte de su efectividad, también le impiden al hombre ver por qué actúan, cómo actúan y qué resultados le acarrearán. Dígase en sencillo: el hombre no sabe por qué y cómo es hombre. Pero la cuestión no acaba ahí, pues los hombres no se cuestionan tal estado de cosas. De ahí que si, como lo afirma el VII Informe del Estado de la Nación (2001), en cuanto a logros en materia de género en la última década del siglo pasado, Costa Rica está “a mitad de río”, creemos que ello se aplica al

trabajo de un importante sector de las mujeres; los hombres, en su mayoría, no están siquiera viendo el río.

Esta oscuridad en la conformación de lo masculino, a su vez, como es lógico suponer, no podría tener otra consecuencia: la posición de no sentir necesidad de cambiar algo. De esta manera, se consuma la crónica de una masculinidad anunciada. Parafraseando la idea, los hombres sufren las consecuencias de un síndrome peligroso e insidioso: "padecen de normalidad". El hombre no introspecciona y mucho menos dialoga con otros (u otras) sobre su ser, sus intimidades y sus problemas. Como muy claramente lo plantea Leonelli (1987):

*"Por lo tanto los hombres parece que no ven con toda claridad los motivos de lo que les está sucediendo y, precisamente a causa del concepto de la virilidad no les resulta posible comparar con las de los otros hombres las dificultades con las que van tropezando... el hombre se siente cada vez más frágil y más solo, como un gigante de arcilla" (p. 11).*

En su interesante estudio, Chinchilla y Gutiérrez (1991) logran determinar cómo en adolescentes se dan diferencias muy sutiles entre sus representaciones sociales de la masculinidad y la paternidad (ambas íntimamente ligadas). En la primera encuentran elementos que la colocan sobre todo en un estatus superior. Para la paternidad, si bien comparte características de la masculinidad (enérgico, establece reglas, merece respeto, es el "duro"), la principal aureola es la de autoridad incuestionable. Lo más llamativo es que, junto con lo anterior:

*"Las familias estudiadas revelaron cómo a través de sus mitos refuerzan día con día la autoestima masculina. Pero al mismo tiempo, se la fragilizan al bloquearle al varón la posibilidad de desahogar conflictos en la canalización no violenta (verbalización, llanto). Acudir a la violencia,*



*parece pues el único camino posible para aferrarse a ese primer cintileo de conciencia de identidad masculina que le fue tan gratificante” (Chinchilla y Gutiérrez, 1991, p. 213).*

Con este oscuro panorama, las acciones de los hombres mismos para modificar sus condiciones y los soportes para mantenerlas, son muy difíciles. La dificultad es que los hombres no viven solos y esta ceguera sobre sus propios aspectos se extiende y enceguece también a aquellos otros que determinan sus relaciones con los demás.

Se está en posición de sustentar que parte del por qué los hombres no están incluidos en las acciones para resolver una serie de situaciones problemáticas derivadas de la vivencia de esa masculinidad, se puede extraer de lo discutido en los párrafos precedentes. No obstante, tal realidad no puede respaldar que con los hombres no hay nada que hacer o que ellos no tienen nada que hacer. Aun con las dificultades expuestas, se considera que es necesario incluir y escuchar al hombre en sus vicisitudes, entre las cuales toma prioridad la violencia intrafamiliar y la de género, en virtud de que ésta tiene que ver con la situación de los hombres y con la de las demás personas que lo rodean; de ahí el planteamiento central de este texto. Siguiendo a la autora citada párrafos atrás:

*“No se puede comprender el misterio masculino ni utilizar toda su potencia sin cambiar las imágenes internas que todos, hombres y mujeres, tenemos como fruto de nuestros modelos culturales, de nuestra historia, de nuestros valores, de la forma de comportarnos con nosotros mismos y con los demás y no se puede cambiar si no se reflexiona lo que hemos aprendido de nuestra infancia en adelante. Mientras los principios permanecen implícitos, cuando no los reconocemos como tales, controlan desde el interno nuestro conocimiento tenemos*

*muy pocas probabilidades para lograr la independencia”*  
(Leonelli, 1987, p. 14).

Se puede sostener la más firme convicción acerca de la necesidad de procurar espacios para que el hombre pueda tener una oportunidad, aunque mínima, de alumbrarse en su oscuridad. Si no, por lo menos, para que camine en cierta penumbra, donde a tientas pueda avanzar. Si esto es factible, su condición masculina puede ser modificada y junto con ella también la de las mujeres.<sup>22</sup>

Los psicólogos puertorriqueños, con mucha experiencia en este campo, lo afirman:

*“Estas primeras experiencias me hicieron comprender la necesidad que tenemos los hombres de tener un espacio donde podamos compartir íntimamente lo que somos... donde podamos revisar y reflexionar sobre nuestras experiencias... Es tan difícil para nosotros los hombres vivirnos como seres sensibles, vulnerables, capaces de llorar!”*  
(Cruz Díaz y otros, 1990, p. 5).

De todas maneras, al final de cuentas si la liberación no es de todos, no hay liberación. Un mayor bienestar de mujeres, niños, niñas, personas ancianas y también muchos hombres (principales receptores de la violencia, en todas sus manifestaciones), no es completo, si no pasa por la liberación que el hombre tiene que hacer de sus propias cadenas que, lamentablemente, son insensibles y no siempre hacen llaga o dejan cicatrices visibles.

Lo anterior no se produce en abstracto. Se da dentro de relaciones de poder y este es relacional: determina las condiciones en que el dominador y el dominado existen. En nuestro sistema, la matriz básica de las relaciones entre los seres humanos es de dominación: alguien debe estar encima de otro. Ya hemos

---

<sup>22</sup> La experiencia directa en los trabajos con grupos de hombres en el Instituto WEM, permite constatar directamente la certeza de dicha apreciación.

explicitado la posición al respecto: es propio no solo de la cuestión del género, también lo vemos en las relaciones generacionales, étnicas, políticas, económicas, religiosas. La relación entre hombres y mujeres, por definición no escapa a esa estructura básica general, en la que la posición de arriba es ocupada primordialmente, si no por todos, sí por hombres.

Así, el poder que el hombre ejerce y ha ejercido, de acuerdo con lo planteado, no otorga solo beneficios sino también perjuicios en su relación con las mujeres, de particular interés para efectos de la temática que venimos desarrollando. Este poder ejercido tiene características altamente dañinas y autodestructivas (Rivera Medina, 1991), en todos los planos (afectivo, físico, interrelacional, en la salud y el autocuidado). ¿Por qué son los juegos de los niños los que conllevan un mayor riesgo de su salud, a raíz de las características mismas que tales juegos tienen? Si el hombre es el valiente, el osado y el emprendedor, es el juego infantil un lugar indicado para fraguar tales dotes viriles. No es casual que en estos juegos predominen y se cultiven la fuerza física y la dominación y no se ponen en escena otro tipo de expresiones humanas.

Los datos son elocuentes (véase Salas y Campos, 2002b; VII Informe del Estado de la Nación, 2001; y otros): los hombres se están matando entre sí y se están matando a sí mismos. Las causas de muerte en hombres, ya sean por accidentes, violentas o por procesos patológicos en ciertas enfermedades, según se entiende, están directamente relacionadas con estas formas que ha asumido la masculinidad, traducidas en conductas concretas. Causar la muerte a otros (que incluye obviamente a mujeres) y a sí mismos es la consecuencia extrema de un modo de vida que se impone de manera incuestionable.

Es factible traer a colación la experiencia reiterada de cualquiera en la cual se manifiesta el rechazo a lo femenino, mencionado líneas atrás. No es poco común la consulta (en el consultorio o en

la fiesta) sobre si es conveniente “*Que Pedrito juegue con muñecas o que Carmencita ‘le pida al Niño’ un par de zapatos para jugar fútbol*”. A todas luces, es cruel esta implantación de modelos maniqueos y obtusos sobre la realidad. Muy fácil se olvida que antes que nada, se es ser humano, con características “masculinas y femeninas” y que se es más ser humano en la medida que se puedan manifestar y dejarse manifestar esos componentes. Es curioso que quienes sostienen posiciones más de tipo biólogo en esta discusión, lleguen a olvidar que, incluso en ese nivel, las diferencias endocrinas entre machos y hembras no son tan tajantes como es común creer.

Es necesario reiterar que los componentes de ser hombre o ser mujer no son connaturales a su condición de macho o hembra de la especie. Es decir, ser macho no implica necesariamente ser masculino; ser hembra no implica necesariamente ser femenina. Lo masculino y lo femenino son construcciones sociohistóricas que llevan a empotrar en seres humanos ciertas características que luego se naturalizan en su accionar.

Hasta aquí se podría transar en que relativamente no hay mayor problema. Este se presenta cuando esas características no solo se naturalizan a cada sexo, sino que además se exacerban y extreman como pertenecientes a uno u otro.

No obstante, la principal dificultad que se desprende de este ordenamiento social consiste en que, llevado a un punto extremo, tal sistema de diferencias no se queda solo en eso, sino que las diferencias son llevadas a, o transformadas en, desigualdades. El lío radica en confundir diferencia con desigualdad y, con ello, justificar un sistema injusto, sin equidad y con grandes brechas entre sus diversos sectores. Sobra decir que esta apreciación corre para órdenes o ámbitos diferentes de la vida social; no obstante, su aplicación al tópico de género tiene importantes peculiaridades.

Esto aún es más grave cuando de lo que se habla es de violencia. Saltar de aquí a la imagen -estereotipo- del hombre como “agresor u ofensor”, no requiere mucho esfuerzo. Por ello es que, junto con lo anterior, es imperativo revisar y redimensionar la categoría violencia, tarea de la que nos ocuparemos más adelante.

Además de lo dolorosa que es en sí esta situación, para los efectos del presente trabajo, se considera que hay otra dimensión extremadamente lamentable y peligrosa y es aquella, como ya fue señalado, de que el hombre no se percata, no se ha dado cuenta de la factura que está pagando, con altísimos intereses, por mantener la situación tal y como está (alta tasa de homicidios y suicidios, abuso de drogas y alcohol, desaliento y desespero por la pérdida del empleo, estrés, entre otros). Es curioso, según afirma Rivera Medina (1991) que aquellos lugares usualmente ocupados por ellos donde la mujer ha logrado mayor paridad con el hombre, también empieza a pagar algunos de estos costos. En Costa Rica, el aumento del consumo de tabaco y alcohol, por parte de mujeres profesionales, ocupando ámbitos de tradicional dominio del hombre, nos muestra de manera palpable el panorama indicado (Bejarano, 2003).

Es decir, en lo tocante directamente con el hombre, hay una serie de implicaciones que se derivan de la forma como se ha constituido su masculinidad. Un ámbito en que ello se puede observar también es en el cuidado de su salud. Acudir con el preinfarto o el infarto ya consumado, alardear de no requerir al médico (u otro profesional), realizar sobreesfuerzos de tipo laboral, ingerir alcohol y comidas no adecuadas en forma desmedida, son ejemplos de ese ser masculino claramente asignado y asumido. Ello deberá entenderse, necesariamente, como un problema de autoagresión, en donde la máxima expresión sería el suicidio. Como ya se anotó y así será retomado más adelante, la violencia también la dirige contra sí mismo.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Conviene repasar los datos aportados en otros textos (Campos y Salas, 2002; Salas, 2002).